

Relatario

Cuentos para leer en voz alta
en el más profundo silencio



Alejandro Rojo Vivot

EDITORIAL DUNKEN

2^{da} edición

RELATARIO

ALEJANDRO ROJO VIVOT

RELATARIO

**Cuentos para leer en voz alta
en el más profundo silencio**

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2012

Rojo Vivot, Alejandro

Relatorio : cuentos para leer en voz alta en el más profundo silencio . -
2a ed. - Buenos Aires : Dunken, 2012.

112 p. ; 16x23 cm.

ISBN 978-987-02-6071-4

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Primera edición: Agosto de 2007

Segunda edición: Agosto de 2012

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: *info@dunken.com.ar*
Página web: *www.dunken.com.ar*

Hecho el depósito que prevé la Ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 2012 Alejandro Rojo Vivot

e-mail: *alejandro.rojovivot@avina.net*

ISBN 978-987-02-6071-4

PRÓLOGO

“Y si, cansados de la antigüedad, sentimos el deseo de comprender nuestra época en toda su laxitud y en todo su pecado, ¿no existen libros que puedan hacernos vivir en una hora más que la vida en veinte años?”.

OSCAR WILDE

Publicar, después de más de tres décadas de haber escrito estas páginas es, posiblemente, una audacia. Dar a conocer, después de unos quince libros, la producción inédita de los *comienzos* es, por lo menos, una aventura poca segura. Al principio, muy probablemente, nos incluíamos orgullosamente en la primera parte de la aseveración de La Bruyere: “Una inteligencia mediocre cree escribir divinamente, una inteligencia buena cree escribir razonablemente”; por suerte las décadas no han pasado en vano.

Pues bien, aquí están estos primeros cuentos de quien ya, en ese entonces, había decidido escribir *todo lo posible*, empleando las más diversas formas con el solo fin... todavía no dilucidado cabalmente. Pero en la seguridad, como expresara Adolfo Bioy Casares: “Creo que parte de mi amor a la vida se lo debo a mi amor a los libros”.

Para entregarlos a la prensa los releímos, después de tan larga adormilada vigilia. La primea reacción fue volverlos a la estantería, aunque con la íntima satisfacción de haber regresado a nuestro pasado y recordar... recordar parte de la vida que elegimos. “Por eso regresamos a escribir, para mirar el mundo mientras lo contamos, para, mirándolo como quien lo rescata, soñar que a ratos es posible entender alguna de las cosas que pasan por nuestros ojos entre un crepúsculo y otro” como bien manifestara la autora mexicana Ángeles Mastretta.¹

¹ Mastretta, Ángeles. **Entre un crepúsculo y otro: la mirada**. Revista Viva. Página 22. Buenos Aires, Argentina. 14 de marzo de 1999.

Los personajes y las vicisitudes que conforman este libro reflejan claramente una época, quizá por eso tienen algún valor. Y, seguramente en palabras de Pritchett, estos relatos son “algo vislumbrado al pasar por el rabillo del ojo”.

Sentimos mucho no ser capaces, en la actualidad, de escribirlos tal cual lo hicimos hace tanto tiempo; hemos adquirido oficio a costa de perder peculiaridades que a simple vista observamos en estos cuentos. Posiblemente, si tuviéramos la opción de regresar lo haríamos aun perdiendo parte del arte. Ya Mario Vargas Llosa, rememorando el Perú de su infancia, le hace decir a uno de sus personajes: “El escritor no escribe lo que quiere sino lo que sus demonios le permiten”.²

Es verdad que bastantes veces nos equivocamos, inclusive cuando cerramos los ojos ante barbaridades o alzando una voz demasiado tibia. También es cierto que en muchas oportunidades empleamos el arte de escribir para influir públicamente; el saldo es para nuestro colete. Los *demonios*, nuestros monstruos, están siempre presentes y, a veces, somos lo suficiente inteligentes y valientes como para, al menos, proyectar algún gambito. Pero, en ese caso, la ficción nos ha permitido apartarnos por un *rato* de los ensayos y otras formas de intentar reflexionar dejando plasmado por escrito las opiniones. El empleo de la mera imaginación como herramienta de expresión, en definitiva, es más compleja y arriesgada que el tratamiento científico de una cuestión; por ello, muy bien, Enrique Páez manifestó que “Escribir es mentir despacio”.³

En estos cuentos podemos entrever parte de las preocupaciones que nos acompañaron a lo largo de la vida, además nos siguen entreteniéndolo de allí el interés por publicarlos. Los hemos enmendado muy poco para mantener las características originales pues, como señalara, Jorge Luis Borges “Corregir una página es fácil, pero escribirla eso es lo difícil”.

² Vargas Llosa, Mario. **La señorita de Tacna**. 2° Acto. 1980.

³ Páez, Enrique. Reportaje de Leyre Herrero. Metro Directo. Página 3. Madrid, España. 21 de noviembre de 2001.

También es dable subrayar que, desde los inicios, nos inspiró la intención de influir a través de la palabra. Estamos convencidos de que la construcción de un mundo mejor es posible empleando la palabra, desde luego no como un fin en sí mismo sino como parte de una alianza con los demás. De ahí que tantos autoritarios se arrogan la facultad de decidir las lecturas que los *otros* podrán acceder; eso opinamos aún conociendo la idea del genial Premio Nobel de Literatura José Saramago: “La literatura no sirve para cambiar el mundo. Yo no invento nada. Me limito a levantar la piedra y a mostrar lo que está debajo”.⁴

El aprendizaje fue lento, varias décadas, y todavía es muy incompleto aunque el convencimiento es cada vez mayor de que debemos intensamente alentar a la expresión por escrito y a la lectura como parte del proceso de ampliación de conciencia de uno mismo. Una concepción integral del desarrollo de la condición humana debe incluir aspectos tan diversos como el lenguaje corporal, la introspección, el diálogo fecundo, la construcción colectiva del saber, el conocimiento de otras experiencias vivenciales, la auto estima de la propia existencia y, sin duda, las ingentes posibilidades que encontramos en los libros. Con la perspicacia que lo caracteriza, Gabriel García Márquez expresó en este contexto: “Nadie enseña a escribir, salvo los buenos libros, leídos con aptitud y la vocación de estar alertas” y que “Toda novela es una adivinanza del mundo”.

Permítasenos insistir, estos cuentos fueron ideados para ser leídos en voz alta alentando a encontrar momentos adecuados para *el silencio personal* y los encuentros entre varios para *escuchar y ser escuchado*. Las urgencias cotidianas, a veces, son velos que nos dificultan observarnos a nosotros mismos y a los que tenemos próximos. Frecuentemente *se nos va la vida* en esos menesteres intrascendentes que nos hacen perder la oportunidad de darle nuestro propio e insustituible sentido de la vida. Y, salvando las distancias, nos hacemos eco del genial Isidoro Blaisten: “el cuentista es como el mujeriego: el mujeriego ve una mujer y sólo piensa

⁴ Saramago, José. Entrevista de Ana Marques Gastao. Traducción Violeta Weinschelbaum. Página 12. Buenos Aires, Argentina. 11 de mayo de 2004.

en llevársela a la cama. El cuentista percibe una situación y sólo piensa en convertirla en un cuento”.

Como ya quedó claramente en evidencia, en estas páginas iniciales hemos invocado a muchas *musas* que, en distintas latitudes y épocas, se han ocupado con mayor sapiencia de exponer la vital importancia de la escritura y la lectura. Entonces, las afirmaciones de *otros* las hacemos propias con el particular interés de difundirlas lo más ampliamente posible. A veces suponemos que una biblioteca o estantería es donde colocamos los libros cuando, en definitiva, sobre todo es donde podemos encontrar ideas, reflexiones, experiencias, sentimientos, anécdotas, datos, sensaciones inclusive corporales, fantasías y tantas otras contribuciones para nuestro desarrollo personal y colectivo. Las alternativas son tantas que superan la capacidad humana, por eso es necesario elegir. Tan sólo como un ejemplo de las muy variadas opciones traemos a colación lo señalado por Silvia Hopenhayn “Hay libros que tienen buen humor. Y no se trata de la risa obtusa ni de la mofa fácil. Es casi un tono vital que se trasluce en la escritura. Una forma de estar en el mundo sin debérselo a nadie. Son libros que exhalan libertad. Y por ello mismo, al leerlos, se es puntualmente feliz”.⁵

En fin, en la ajada carpeta en que durante más de treinta años guardamos estas páginas, encontramos entre los originales que en ese entonces habíamos escrito: “No nos pregunten ¿qué queremos decir al escribir estos cuentos? Pues si pudiéramos explicarlo acabadamente nunca lo habiéramos hecho”, posiblemente coincidiendo con lo señalado por Ana Frank: “Al escribir me liberto de todo, mi pesar desaparece y mi valor renace. (...) Pues, al escribir, yo puedo concretarlo todo: mis pensamientos, mi idealismo y mis fantasías”.⁶

⁵ Hopenhayn, Silvia. **Escritores con sentido del humor y del juego**. La Nación. Página 29. Buenos Aires, Argentina. 11 de mayo de 2005. Buenos Aires, Argentina.

⁶ Frank, Ana. **El diario de Ana Frank**. Editorial Hemisferio. Tercera edición. Página 169. Buenos Aires, Argentina. 30 de octubre de 1957.

COSAS DE LOS GRANDES

“Como un naufragio hacia dentro nos morimos, como ahogarnos en el corazón, como irnos cayendo desde la piel al alma”.

PABLO NERUDA

Hoy, al despertarme, sentí un extraño movimiento en toda la casa. Los ruidos eran distintos, los silencios parecían más espaciados.

El sol se filtraba lentamente entre las rendijas de las persianas del dormitorio, iluminando las partículas de polvo en suspensión que, como diminutas pompas de jabón, multiplicaban los rayos de luz.

A pesar de sentirme cómodo y bien abrigado, decidí levantarme aunque mamá no hubiera venido a desearme los *buenos días* de todas las mañanas.

Me vestí solo, sabiendo que más tarde mamá opinaría sobre la ropa elegida.

Al abrir las persianas vi el otoño en las primeras escarchas, el pálido amarillo del pasto, los pájaros demorados en su peregrinaje anual y algunos manchones de nieve en los cerros más altos.

El corredor estaba iluminado tan solo por la luz que se colaba del dormitorio de mamá, pues las demás puertas estaban cerradas aprisionando al silencio.

Las fotos familiares desparramadas en las largas y altas paredes parecían mirarme fijamente, como lo hace mamá al retarme por no comer toda la comida o por llegar tarde cuando me quedo jugando sin avisarle.

Después de un portazo, que resonó en el silencio de la casa, escuché el taconear de mi abuela, único en su tipo pues se parece al paso redo-

blado de los soldados en los desfiles patrios o cuando pasan marchando en sus prácticas en el puerto.

Rosario, así se llama mi abuela, cruzó sin siquiera prestarme atención pues estaba apurada como siempre, cerró suavemente la puerta y se quedó mirándome en silencio. Luego me hizo señas para que la siguiera y se fue, como siempre, sin importarle mi respuesta.

Otra vez quedé solo con las fotos de mis abuelos y tatarabuelos que parecen estar enojados por ser retratados o cansados de esperar que les reiteremos nuestros saludos. La foto de papá es distinta. Es el único que se parece a mí y, además, sonrío.

Por los murmullos provenientes del comedor me di cuenta donde estaba la familia. Al pasar frente al cuarto de mis padres también oí algunos movimientos.

En aquel momento no supe qué hacer, y como cuando no sé que hacer hago algo, me puse a silbar y a cantar bajito para no despertar a las sillas, pues parecían seguir durmiendo. Las sillas siempre descansan tranquilamente apoyadas sobre sus patas, por eso rara vez se nota cuando están despiertas.

Ya no silbaba más ni cantaba bajito cuando se abrió la puerta del comedor dejando pasar a mi tía Maru para llamarme a tomar el desayuno, previa pregunta de qué hacía levantado. Callé por suponer la pregunta como una equivocación por parte de ella, pues siendo grande no podía hacer preguntas sin sentido; años después sabría que la mayoría de los grandes hacen ese tipo de preguntas a los niños.

Entré al murmullo, el cual se diluyó en el aire apenas me observó. Todos me miraban fijo como las fotografías del corredor.

Atravesé la caldeada habitación casi sin ver las miradas clavadas en mis movimientos y me senté a la mesa donde había una taza humeante y varias tostadas. En ese momento tuve la sensación de ser juzgado por algo que no había hecho pero que tampoco sabía cuál era la razón. De grande varias veces sufrí el malhumor de mis jefes, ya que la descarga siempre baja por los puntos más débiles.

Comí lentamente como lo hacen los jubilados en el bar del centro. Primero un bocado, luego una larga ojeada al diario, después un sorbo de café o té, según su preferencia, otra mirada gastada al diario en busca de noticias, más tarde otro bocado mientras controlan el paso de la gente por la calle... En mi caso hice lo mismo, menos tomar té o café pues mi tía me sirvió chocolate, no leo el diario ni miro a la calle, pero sí lo tomo lentamente acompañado de tres o cuatro miradas que se estudian entre ellas para luego observarme hasta que les presto atención pues en ese instante desvían la vista. Es como un juego sin mucho sentido.

El chocolate me controla desde la taza, medio enojado pues lo sigo revolviendo y a él eso no le gusta demasiado; las tostadas calladas esperan atentamente que las coma, pero no lo voy a hacer, así pueden acompañar al impaciente chocolate que quedó en la taza casi llena.

De grande comprendí cuán molesto resulta el silencio si no deseamos reflexionar, por eso muchas veces hablamos aunque sea sin sentido para no meditar cuando no queremos pensar. El silencio perturba como cuando uno está frente a un precipicio. El silencio puede ser como un lamento o un ruido ensordecedor. El silencio nos expone como si estuviéramos frente a un gran espejo, por eso frecuentemente lo disimulamos con un velo de palabras. No hay nada mejor que estar siempre haciendo cosas para no escuchar el silencio.

Los ojos de mis tíos siguieron apuntándome como si tuvieran rifles de aire comprimido o cuando jugamos a mirarnos todos “a ver quién se ríe primero”, aunque lo dejaron de hacer en el momento que papá entró al comedor.

Otra vez las miradas se entrecruzaron pero ninguno habló. Mi “buen día papá” sonó como si lo hubiera gritado.

Papá me abrazó mientras lloraba. Fue la primera vez que lo vi llorar. Luego me tomó de los hombros, como lo hace cuando salimos a caminar por la costanera, y en silencio me llevó entre las fotografías de mis abuelos y bisabuelos. Llegamos al dormitorio grande y apenas entramos vi un cajón rodeado de flores y velas encendidas.

Papá me dijo que la besara. La besé.

Mi abuela me llamó y como no me moví me sacó del dormitorio mientras me repetía que “son cosas de los grandes”. Apenas cerró la puerta comenzaron los martillazos.

Maru me esperaba en mi dormitorio para ayudarme a cambiarme el pantalón pero la convencí de que me dejara solo. Las ventanas daban paso a la mañana que nos espiaba desde el jardín.

Ya estaba vestido con la mejor ropa cuando papá golpeó suavemente la puerta y me avisó que “está todo listo”. Miré hacia el jardín sin tener en claro qué buscaba.

Salimos de casa y subimos a unos autos negros que de tan perfectamente brillantes parecía que se burlaban. Todos permanecemos en silencio como tratando de escuchar no sé qué cosa.

Enseguida la procesión se puso en marcha bajando en dirección a la avenida que bordea la costa. Las calles casi desiertas nos recordaban el feriado nacional.

La bahía parece siempre un inmenso lago azul. Los vientos provenientes de la cordillera o del mar abierto se revuelcan por entre las piedras del fondo y las rocas de la costa. Sus infinitos brazos intentan a cada instante aferrarse a la orilla, pero las voces de las montañas los empujan hacia el horizonte enclavados entre valles y picos nevados.

Mar que vestís riguroso luto en tu inmenso y profundo fondo, y que tantas veces surqué tu piel en compañía de mamá, hoy me saludás y a ella la despedís con millones de pañuelos blancos entre tus olas de lágrimas que rasgan sus vestiduras entre las piedras de la orilla, te pido que no llores más pues mamá no ha muerto ya que tan solo se ha ido como siempre nos decía.

Quienes conforman una familia, quienes desgranar una amistad, nunca mueren totalmente pues siempre el recuerdo los mantiene presentes.

Quienes han sabido comer manzanas bajo los árboles, mirar durante horas seguidas a las estrellas, sentir el viento en la cara, tratar de com-

prender al fuego de un fogón, por siempre estarán en otros que se sienten bajo las copas de los árboles, se detengan en las noches estrelladas, miren al viento o sean capaces de hablar con el fuego.

La serpentina negra recorrió las últimas calles hasta llegar a donde descansan los primeros pobladores, los de las fotografías y otros que en otras fotografías en otras casas miran fijo a los chicos. También están los que no tienen fotografías y los que ya nadie los recuerda.

Nos detuvimos donde se alza una gran muralla blanca interrumpida por una enorme puerta de rejas verdes que deja ver el interior, y desde él, permite apreciar la bahía en toda su extensión hasta donde el horizonte la envuelve entre la bruma.

Alguien abrió la puerta del auto y nos dijo que nos adelantáramos. El silencio dio paso al romper de las olas y al revoloteo de unas curiosas gaviotas. Algunos chicos jugaban enfrente, donde los rosales puján hace años por crecer sin mucha suerte.

Caminamos en cortejo por los pasajes internos, entre los antiguos pobladores, algunos árboles dispersos y el silencio. Los cuidadores nos miraron pasar, interrumpiendo su trabajo por unos instantes.

Una compañía de ceremonial compuesta por nubes blancas, en formación cerrada, cubrió el sol con sus banderas de sombras desplegadas por entre los valles y cerros circundantes. Una fosa cavada recientemente recibió a mamá.

Las hojas ocres y amarillas, que suplantaron al verdor de los árboles, nos vieron pasar de regreso caminando en silencio.

Subimos por las calles que dan la espalda a la bahía hasta llegar a nuestra casa. Como si fuera el resultado de un acuerdo tácito, sin decir palabra alguna fui a mi dormitorio que seguía inundado por el Sol.

Otra vez sin saber bien qué hacer, abrí la ventana y pasé al jardín que aún estaba húmedo ya que los cerros le hacen sombra hasta el mediodía.

Corrí por la calle que baja hasta estrellarse en la bahía. El mar siempre colmado de copos de nieve en las crestas de las olas azules y verdes nunca deja de repetir su deseo de avanzar como huyendo del horizonte.

Una vez en la playa, acostado sobre una enorme piedra negra, el fuerte viento parecía atraerme hacia el mar. Las olas, como un cormorán rugiente, me invitaban a dar un paso y entrar a su juego de siglos.

Sin poder contenerla, una bocanada espesa me surgió como un grito largo y desafinado lastimándome la garganta. Entonces, por primera vez en ese día, lloré.

Lloré como el chorrillo que hace años se lamenta de los bosques que ya no están, de las canoas que casi nadie recuerda, de los habitantes originarios que fueron muertos hace mucho, de los grandes fuegos que se apagaron por los vientos del *progreso*, de los pájaros que se escaparon para siempre, del aire no tan límpido, de las aguas turbias...

Lloré por mamá.

Lloré por todo lo que no haremos juntos.

Tendido en una piedra gastada por el llanto milenario del mar, apoyé mi cabeza y me quedé dormido junto a las heladas aguas.

LA CONSIGNA

*Fui enterrado sin tumba,
y la muerte me privó
de cuanto después se obtuvo:
de todo, cuanto hace mucho
es, para vosotros, claro
y habitual. ¡Que concuerde
con nuestra fe todo ello!*

TVARDOVSKI

Tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac en presencia tic-tac- de mi jefe de puesto tic-tac-tic-tac me hago cargo tic-tac- del puesto de centinela tic-tac-tic-tac-tic-tac número ocho, sin novedad tic-tac-tic-tac-tic-tac tran tran tran tran tran tran tran tic-tac-tic-tac-tran tran tran.

Las titilantes luces de los autos pasando entre los árboles –llenándolos de pequeñas estrellas-, forman por instantes árboles de Navidad en la soledad de la Nochebuena.

Tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac oscuridad, soledad, oscuridad, soledad, tic-tac-tic-tac-tic-tac tran tran tran tran tran tic-tac-tic-tac tran tran tran tic-tac tran tran.

El centinela camina, vaga, deambula por su área de custodia; al sueño, cansancio y soledad los arrastra con sus borceguíes... tic-tac-tic-tac...

El peso del fusil lo hunde, lo aplasta, lo disminuye. El sueño lo invade poco a poco, lo enmela, lo trastorna...; los árboles se ríen de él y de su casco.

Caminar, caminar, para no quedarse dormido, dormir, dormir... tic-tac-tic-tac-tic-tac, a la hora mira su reloj observando que sólo han transcurrido diez minutos desde que fue apostado tic-tac-tic-tac-.

La llovizna cesó, seguro que fue a pasar la Navidad con su familia; soledad, Navidad, soledad, tic-tac, Navidad. Las nubes siguen atentas y cada vez son más.

Su mano está helada de tenerla agarrada fuertemente al fusil; Navidad, sueño, frío, soledad, tic-tac, Navidad, fusil, Navidad.

La anciana ca... mi... na... des... pa... ci... to... des... pa... ci... to... ca... mi... na... apretando fuertemente la caja contra su pecho. Los cigarrillos y chocolates del paquete –envuelto para regalo- sienten el calor del pecho de la anciana; hace frío a pesar de que ya no llovizna.

La mujer vestida de negro, negro de luto, luto llevado hace años, quizá por la soledad que sienten los viejos cuando son viejos, camina despacito, des... pa... ci... to.

El centinela, una mancha en la penumbra, mancha negra, negra de luto, luto quizá porque porta la muerte en su fusil, luto quizá por su soledad.

Una araña teje silenciosamente su tela en el interior del casco, envolviendo al centinela en un agradable sopor. La araña lentamente segrega su baba, dominándole poco a poco los pensamientos, reflejos y nervios.

Los arbustos y los árboles se pasean tomados de la mano de otras arañas; arañas negras, negras como la noche. Negras las sombras, negras las arañas, negra la mancha de la anciana, negra la mancha del centinela, negra la noche, negra la soledad. Navidad.

El busto del prócer se va con un pájaro que lo vino a buscar, quizá vayan a festejar juntos la Navidad.

Las flores ya están durmiendo, quizá sean ateas, quizá se despierten para la Misa de Gallo. Navidad.

La anciana camina despacito, la vejez le pesa, la sordera le pesa, la soledad le pesa, la noche le pesa, pero está contenta apretando fuertemente el regalo contra su pecho.

El centinela camina despacito, el casco le pesa, el sueño le pesa, la soledad le pesa, está triste apretando fuertemente el fusil contra su pecho.

La vieja ca... mi... na... des... pa... ci... to ¡alto! la araña se fue corriendo, los árboles volvieron a sus raíces, la anciana ca... mi... na... El casco le pesa, la soledad le pesa, la anciana ca... mi... na... ¡alto! la soledad le pesa, la sordera le pesa, la anciana ca... mi... na... con el regalo fuertemente apretado contra su pecho.

¡Alto o disparo! El sueño le pesa, Navidad, el casco le pesa, Navidad, el fusil le pesa, la mujer ca... mi... na.

El ruido seco del fusil al cargarse silenció a la noche, el trac- trac del arma se fue volando hasta los pocos árboles, buscó en vano al busto del prócer, rebotó en la sordera de la anciana y se perdió en el viento. Navidad.

¡Alto! soledad, sueño, cansancio, soledad, Navi... ¡alto o disparo!

La anciana ca... mi... na...

Navidad, regalo, fusil...

¡Alto! Consigna número nueve: “en caso de peligrar la vida del centinela o la seguridad del puesto abrirá fuego sin previa orden”. Navidad, soledad, negrura, frío, sueño, Navidad, en la cabeza del centinela las palabras juegan a la mancha, luego a la escondida y a la ronda hasta que cansadas se dejan estar.

El disparo le retumbó en los oídos, chocó contra los arbustos, envolvió el mástil sin bandera, resbaló en el pasto, despertó a las flores, ahuyentó a las arañas y llegó a la guardia.

La mancha negra se confundió con la negrura del pasto, con la negrura de las sombras, con la negrura de los colores que al anoecer se fueron yendo a sus casas a pasar la Navidad.

Tic... tac... tic... tac... tic... tac... tic... tac...

Un grupo de soldados medio dormidos y un oficial corren corren corren Navidad, Navidad.

La mancha negra del centinela está inmóvil como el mástil; la mancha negra de la anciana está inmóvil como la noche.

El oficial, después de una rápida revista de la anciana que sigue sonriendo, se aproxima al centinela que balbucea entrecortado:

Se acercaba des... pa... ci... to.

Vamos soldados.

Los soldados se llevan, en cortejo, al cuerpo todavía caliente, todavía sonriente.

El oficial sigue atrás, como acólito, al cortejo todavía caliente, todavía sonriente.

“Consigna número nueve...”, “consigna número nueve”... repiten los árboles burlándose del soldado. Las nubes miran sin saber qué hacer.

“Consigna número nueve...” Navidad, soledad, oscuridad.

El regalo de su abuela sigue aún en el pasto. Apretó fuertemente el fusil contra su pecho; Navidad, soledad.

Los árboles bailan una ronda alrededor del centinela, el mástil dirige, las arañas volvieron y el casco mira boca arriba a las nubes que siguen amontonándose.

El segundo disparo hizo volver al cortejo, abandonando a la anciana en el negro de los colores verdes, para encontrar al centinela apretando fuertemente el fusil.

La ronda ha cesado, ya es Nochebuena, ¡feliz Navidad! La paz reine entre los hombres de buena voluntad.

Los dos cuerpos descansan en la mesa del comedor de la guardia, siguen sonriendo, quizá son felices, quizá porque es Navidad.

EL PEHUEN⁷

*“Mientras tiemblan por el viento
las hojas del hermoso conífero,
canta tristemente el ‘chucao’,⁸
único acompañante alado que
acompaña al que se interna en
esas regiones. Pero no es
solamente el canto del ave amiga
el que interrumpe el silencio de
ese desierto, pues también, al pie
de la araucaria, llora un indio”.*

FRANCISCO MORENO

En aquel costado está la mata, esa que una vez tuvo una flor, por supuesto que las demás dudaron de la honestidad de su comadre, hasta que intervino no sé quién y ya no recuerdo qué dijo, pero de ese asunto no se habló más. Que feo es saber que está allí, enfrente de mí y no poder verla.

Con la que se apagó recién ya quedan muy pocas, casi me atrevería a contarlas, sin tener en cuenta, por su puesto, a las fugaces. Nunca las consideré con mucha atención, qué desagradable debe ser que a uno le presten atención porque se muere.

Más que vida viven una agonía, como los que odian, transitan, no viven, no mueren, se diluyen, ya que fallecen los seres que tienen razón de vivir, razón de amar, razón de sufrir, los que odian se desvanecen como la bruma al amanecer.

Por eso siempre miro a las estrellas durante la noche y cuando incipientemente aclara observo lo que con el fin de la oscuridad comienza a despertar.

⁷ Araucaria.

⁸ Pequeña ave.

La arena se despereza en una danza de mil velos, alzando sus flacos brazos de vapores al firmamento inundado por un mar de azules, violetas, amarillos y de sirenas blancas que lo surcan atravesadas por peces negros.

Los sonidos del silencio nocturno decrecen con el despertar de los demás habitantes...

Habitantes... habitantes.

¡Que raro suena decir habitantes en el desierto!

Muerte... muertos... podría ser, habitantes...

Los sábados, de noche, cuando los esqueletos se visten de fiesta con colores que brillan a la luz de la luna y se van cantando y silbando... Una vez oí a un pajuerano decirle a su yunta: “escuchá... son los grillos”. Me dio risa, ¡lo que es la incultura!, mi risa los asustó pero mutuamente se autoconvencieron que era el viento. Siempre lo que nos conviene nos tranquiliza, aunque resulte un engaño.

Yo al viento nunca lo escuché reírse.

Del lado de la cordillera se acerca una nube.

Es una nube que todavía no logró desprenderse del cielo, de la tierra, del horizonte.

Pareciera no moverse y sí estar estática junto a la cordillera. La nube avanza átomo por átomo, partícula por partícula.

Poco a poco se desprende de la montaña que la tenía sujeta y se arrastra por el desierto como culebra entre las piedras.

El Sol, con pomposa solemnidad, aparece precedido por su manto rojizo llevado por un cortejo de cuatro vientos; los cuatro van montados en vigorosos caballos blancos con monturas amarillas, que se encuentran semi ocultas en capas de colores cada vez más intensos. Guirnaldas de aves son arrojadas a su paso por invisibles niños de sufridos rostros. Las estrellas tardías, en respetuoso silencio, se retiran por no ser dignas de estar en su presencia.

Ya el manto llega hasta los picos más altos de las montañas, ha cubierto el desierto entero.

Los mudos ríos secos parecen poseer su antigua vitalidad, las piedras brillan de alegría con la esperanza de recobrar su movimiento perdido cuando los tiempos viejos eran jóvenes, los noctámbulos del desierto huyen ante la luz cegadora del Sol, que se enarbola como en un estandarte azul clavado en el horizonte.

El desierto todo brama, grita un desesperado himno, un infernal concierto de callados sonidos se deja oír. Los silencios más agudos, secundados por los graves, cuentan de otros tiempos en donde los desiertos eran señores del mundo.

El Sol canta un aria gloriosa mientras las piedras entonan un coro mudo.

De pronto se entrelaza entre las notas un murmullo que desentona entorpeciendo el concierto, los sonidos del silente amanecer se callan, ya que solo en el más íntimo recogimiento personal se pueden percibir los imponentes tonos melódicos del silencio.

Es la nube que ha alzado su voz, acercándose cada vez más rápidamente; desplazándose hacia mí entre confusos murmullos.

Los opacos colores de la nube están salpicados por otros más oscuros o brillantes. Los oscuros van tomando forma, formas aún deformadas por la nube que empieza a disiparse en el aire, en el suelo y las siluetas.

El Sol flamea a media asta en el límpido mástil azul, que pareciera aún más clavado en el horizonte. Un intenso celeste va revistiendo el paisaje que observa atónito los acontecimientos. Nunca nadie le explicó los porqués de la sinrazón.

Las montañas pierden su majestuosidad a raíz de la claridad reinante, que ahoga al desierto en la media mañana.

El calor, agotado de su derrotero por el mundo descansa en las piedras, duerme en las sombras, ahuyenta a los últimos vestigios de la fresca noche pasada.

Los jinetes han desmontado de sus cansadas cabalgaduras y se han sentado al reparo de la poca sombra que encontraron.

En improvisado campamento los niños juegan distantes de sus padres, de sus padres alejados de los niños que se divierten mientras ellos conversan con escasas palabras. Si lo poco es suficiente, ¿para qué más?

Afanosamente las madres e hijas mayores disponen lo necesario para el liviano almuerzo. Frugal manutención del desierto, no solo por el calor sino más bien por los insuficientes alimentos. La escasez es lo único que abunda por estos pagos salvajes... salvajes... salvajes...

Es la primera vez que escucho esa palabra y lo extraño es que la emití yo.

Salvaje, ¿qué querrá decir?

Que fácil resulta decir salvaje...

Con la comida el campamento se reavivó, las niñas sirven los pedazos de carne y tortas amasadas hace ya varios días.

Los bebés descansan en los pechos de las madres una vez insaciados de su hambre pero, por ser niños, no preguntan ¿por qué?, y cuando sean mayores tampoco se interrogarán ¿por qué? Pues ya sabrán que...

Un cultrum⁹ se deja oír a través de la mudez de las pétreas figuras sentadas próximas a mí, aunque parece que nadie ha notado mi presencia. Mejor así pues siempre me han molestado los que necesitan estar continuamente subrayando lo capaces que son.

Una joven madre busca a gritos a su vieja comadre con un niño muerto de hambre aún prendido de su pecho, de sus pechos aún muy jóvenes para ser madre.

Los más veteranos miran en silencio hacia el horizonte que no alcanzan a percibir por la intensa claridad del mediodía.

⁹ Tambor pequeño.

El infinito se ha presentado como cortesano abriendo a su paso los horizontes que han desaparecido, de... sa... pa... re... ci... do... do... do... en las espesuras del tiempo y el espacio. El intenso calor ha triunfado, el paisaje está inmovilizado; el sopor venció adormilando a todos.

En la cúspide del mástil, libre al viento, el Sol, en una cascada de fuegos violetas, riega incansablemente el desierto que, postrado ante el mismo, le rinde honores ancestrales.

En una carreta mortuoria pesadamente desciende el calor y con las ruedas va aplastando los cuerpos de los que vencidos agonizan en siesta fúnebre.

El silencio se deja apenas percibir, nada... nada más que nada... nada.

Una nube de polvo sin forma definida se escucha apenas en el silencio de la siesta. Detrás de un cercano cerro ha aparecido un grupo azul, no azul como el cielo sino azul negro. La nube se escapa dejando entrever a esos hombres que observan. Caras y bestias cansadas, sucias y malolientes miran atentamente desde la altura al improvisado campamento.

Un toque de clarín rompe el silencio. El Sol cuaja el desierto en abismos moleculares; un grito de: ¡a la carga! rompe la paz, el desierto vocifera silencios que dan descanso a los ajenos durmientes; alaridos: ¡a los salvajes! destrozan la armonía; el Sol incendia a la media tarde en el desierto.

Los caballos en un supremo esfuerzo se arrojan sobre el grupo que descansa.

Otra vez una nube de polvo borra la imagen dejando únicamente al sonido.

Alaridos de dolor y espanto, gritos de sorpresa y socorro se confunden con los reflejos de los sables que, expuestos al Sol parecen estrellas fugaces, por eso no los miro.

Salvajes, salvajes.

De pronto, de la nube de polvo huye otra nube hacia los cerros ahora morados.

Salvajes, salvajes...

Poco a poco se disipa la arena levantada, ensangrentada, esparcida, revolcada. Yace en ella un grupo informe de hombres, animales, mujeres, cachorros y niños.

El Sol se aleja despavorido hacia el horizonte también sangrante. El silencio se deja oír nuevamente, ya no es el silencio de la paz interior, sino el nocturno, misterioso y a veces traidor.

Las montañas enlutadas se recuestan en sus sombras y el desierto se agiganta. El infinito envuelto en tules de endeble bruma se acerca rápidamente ya que las primeras estrellas han aparecido casi de improviso. Mis ramas son brazos extendidos clamando justicia.

BRUMARIO

“Es raro que uno tenga tiempo de verse triste: siempre suena una orden, un teléfono, un timbre, y, claro, está prohibido llorar sobre los libros porque no queda bien que la tinta se corra”.

MARIO BENEDETTI

Desciende la tarde envuelta en una fina llovizna sobre la ciudad engeguada por el atardecer. Lentamente, manos invisibles apagan las luces de las oficinas mientras, acompasadamente, otras encienden las columnas del alumbrado público, soportando el peso de la caída de la tarde, no así de la lluvia que alcanza a depositarse en el pavimento iluminándolo con su pétreo brillo.

De los silenciosos edificios irrumpen los empleados a la avenida que los va tragando como con desgano y todos se van dispersando sin siquiera mirarse en la soledad de la multitud.

Algunos caminan rápidamente y otros parecen tratar de demorar su llegada, vaya uno a saber por qué.

Rápidamente anocheció, casi sin aviso previo del atardecer. Es como si algo faltara.

En una calle alejada del centro una sombra se hace persona cada vez que pasa por debajo de uno de los pocos faroles que custodian el barrio.

Sombra, persona, sombra, persona, sombra, persona.

Juan camina acompañado de la brasa de su cigarrillo buscando en cada pitada amenguar su sed.

El frío es cada vez más intenso.

Sus pasos retumban en la soledad de la calle, la que intenta llenar murmurando una canción entre bocanada y bocanada.

Sombra, persona, sombra, persona, sombra, persona.

—¡Buenas noches Don Guillermo!, le grita el almacenero de la esquina, al que Juan solo atina a saludar con la cabeza, preocupado de no ver luz en su casa.

Al abrir la puerta de la casa el silencio es evidente, como si estuviera vacía, como si él estuviera vacío. Busca encender la luz en acto reflejo.

La claridad lo tranquiliza, no tiene ninguna razón para haberse alarmado. El reloj de pie, que siempre adelanta, lo vuelve a lo cotidiano.

—¡Susana! ... nada.

—¡Susana! ... nada.

Los mismos cuadros, inclusive el que siempre está torcido por la corriente de aire de la entrada; los mismos muebles que algún día los cambiarán. El silencio de la casa lo provoca pero no tiene muy en claro el porqué.

A través del marco de la puerta del dormitorio mira la cómoda abierta con sus cajones desordenados como jardines colgantes.

Hace tiempo lo sospechó pero siempre se negó a pensarlo claramente. Es como una sensación que no llega a concretarse. La duda nunca resuelta.

Cuatro palabras escritas rápidamente en el papel dejado visiblemente sobre la mesa de luz de la derecha le confirman que es para siempre. No tiene firma pero la letra es inconfundible pues es casi un borroneo.

Se sienta en la cama, luego se recuesta boca arriba con los ojos bien abiertos. Repasa los últimos días, evoca los años que pasaron. Todo fue un lento declive, quizá todo demasiado previsible. Una vida aburrida siempre es destructora, aun cuando pase desapercibida.

La modorra va tejiendo su propia urdimbre encastrando los pequeños detalles y las aspiraciones de largo aliento. La tibieza adormece y nunca funde el metal.

Juan siguió repasando su vida y no encontró ningún pliegue, siempre fue previsible, calmo como un charco y nunca un remolino pues a los problemas los pasaba por alto.

Pablo nos presentó, Pablo siempre me ayudó desde la secundaria.

Otra vez reinó la calma, las cosas se van a solucionar como siempre.

Al salir de su casa Juan vio que el almacenero estaba cerrando, seguro que con el frío poca gente sale a hacer las compras

Como si estuviera esperando la visita, Pablo abrió la puerta casi en seguida que Juan golpeó a la puerta.

Juan sin saludar entró y se sentó en la primera silla que encontró. Respiraba hondo sin hablar durante un muy largo minuto.

–Pablo, no sé que hacer.

–Calmate Juan.

Y otra vez el silencio.

–Ayúdame, Susana se fue para siempre.

–Calmate Juan.

Juan empezó a tranquilizarse. Pablo lo observaba atentamente.

La puerta del dormitorio de Pablo se abrió lentamente y Juan miró fijando su vista.

HUMOROSCADA

“El estilo sarcástico a veces describe mejor la verdad que la propia investigación académica”.

OSVALDO BAYER

El barrio sur de la ciudad lleva nombre de santo, quizá sea para expiar los pecados cometidos en sus esquinas o puede ser también que les haya parecido apropiado el nombre. Que costumbre esta de bautizar todo como si nada pudiera quedar sin cultivar.

Sus calles sucias poco demuestran lo que podrían ser y dejan en claro el valor de las promesas electorales.

Algunas de sus descaradas casas se asemejan un poco a un pueblo abandonado, aunque su plaza respira ganas de vivir.

Por una puerta abierta todo el día y toda la noche, pues hace años allí no existen picaporte ni madera, se asomó un viejo con su sombrero dejado en la mesa del comedor.

De ese hombre no se puede afirmar que es flaco, más bien es un esqueleto gordo. La carne le sigue pegada a los huesos por inercia, por olvidarse de desprenderse o quizá sea por no conocer la Ley de Gravedad. La piel la imita con desgano, así como las chorreantes arrugas, algunas verdaderas estalactitas. En este cuerpo hasta un grano se siente ridículo.

Su cabeza guarda con recelo el poco pelo que le queda y su cara conserva rasgos de épocas mejores.

Su única corbata pende como con desgano diferenciándose de la camisa siempre limpia, que sabe de permanentes cuidados nocturnos.

Los brazos y manos, que siempre han sido delgados aunque fuertes, ya poco responden pero aún acompañan casi majestuosamente el lento caminar.

El pantalón brillante fue regalo de un vecino que cada tanto encuentra algo que le pueda servir a los demás. Un vecino poco frecuente pero que todavía quedan, por suerte.

Sus zapatos ya no dan más pero siempre están limpios; él no se queja pues, lo menos, lo acompañan en esa inmensa soledad.

Trabajó toda su vida pero, por su jubilación, parece que nunca hizo nada.

Tantos presidentes anunciaron el fin de la corrupción que ya no los recuerda ni ellos se acuerdan de sus promesas. Total ya le falta poco; además nada ha cambiado.

El casi centenario hombre camina cansinamente, como lo hizo siempre, ya poco preocupado por el tiempo pues lo tiene todo de lo poco que le queda.

Como las hojas en el otoño y las palomas todo el año, el viejo se instala en un banco de la plaza que hace esquina de otras esquinas. Los pocos árboles, que son muchos para ese barrio, refrescan el día y sirven para que los gorriones parloteen al atardecer.

Los turistas pasan mirando donde poder lograr una buena foto que después les permita ordenar un poco los confusos recuerdos.

En el mismo banco, recién pintado hace años, está sentado hace un buen rato el padre del panadero de la otra cuadra, cuidando a su nieto en sus juegos infantiles.

—¿Cómo le va compadre?

—¡No! Mi padre murió.

—¡Ah! Si pudiera verla.

—Tomé un calmante y enseguida me tranquilizó.

Los dos, en soliloquios, pasan las tardes en apacible intercambio, como los gobernantes, monologuistas por excelencia. La única diferencia es que estos viejos no mienten.

La tarde ha cumplido con la misión encomendada por la mañana, traspasando los detalles finales a la noche que se va acomodando sin demasiado apuro. La plaza se llena de pájaros y los turistas son los mismos pero vestidos con todas las incomodidades de la elegancia.

El silencio es distinto o, más bien, los ruidos son más amortiguados y las primeras luces de las casas se confunden con las últimas del día. Es la hora indefinida que todo es posible, aunque casi siempre nada sucede.

Los ancianos, en automática decisión, levantan con dificultad sus cuerpos y se encaminan bajo las primeras estrellas. Un entrecortado viento fresco ahuyenta los recuerdos del día que terminó. Caminan hasta la esquina donde se separan con un gesto de despedida. Saben que a los dos los espera sus respectivas soledades.

El nieto llora en la plaza olvidado por el abuelo; el abuelo llora en su cuarto olvidado por su hijo.

En el negocio de la otra cuadra, su dueño, el panadero, comenta en rueda de amigos que, si él fuera Presidente de la República acabaría con todas las injusticias.

ANOXIA

“He sido arrojado a tan grandes dudas por la meditación de ayer, que ni puedo dejar de acordarme de ellas ni sé que modo han de solucionarse; por el contrario, como si hubiera caído en una profunda vorágine, estoy tan turbado que no puedo ni poner pie en lo más hondo ni nadar en la superficie”.

RENÉ DESCARTES

Cristales verdes flotan dispersos por las claras aguas, bañadas de luces chorreantes del viejo techo.

El fondo, desdibujado por el lento movimiento producido por los escasos bañistas, cambia de forma.

Dejar flotar libremente el cuerpo en aguas tranquilas invita a relajarse y a pensar en nada, como el emborracharse para olvidar.

Al sentir poco a poco el espacio desaparecer, una fría sensación nos envuelve, nos atrapa, nos hunde, nos libera, nos ahoga.

Descender lentamente desde la nada a la nada, flotar entre aguas, sentirse liviano, masajeador por transparentes velos y, al tiempo, acariciado todo el cuerpo con ungüentos perfumados. Da la sensación de que todo ha terminado, que todo comienza.

Silbatos de barcos lejanos partiendo en medio de la bruma me acompañan en un licuoso cortejo fúnebre, suave, tranquilo, acogedor.

Mi cuerpo oscila imperceptiblemente, iluminado por cada vez menos estrellas suspendidas del techo del polideportivo, cuyos rayos atraviesan hiriendo las oscuras aguas del fondo.

Las sombras incitan más y más, las preocupaciones han quedado en la superficie, mientras la felicidad me atrapa, me embriaga, me devora.

Me siento liviano, ágil sin moverme, con los ojos abiertos sin ver nada, con los oídos atentos a no sé qué. Con los músculos laxos comienzo a confundirme entre las libres moléculas del líquido cada vez más oscuro y silencioso.

Los silbatos de los buques han cesado, la paz es completa, el mundo ha quedado arriba... solo en la inmensidad de las aguas tranquilas, frías, solitarias, traidoras.

Al entrar en contacto suavemente con el fondo plano, frío, amigo, me da sensación de seguridad. Mi cuerpo descansa envuelto por el manto de las aguas ajenas a mis preocupaciones y las mismas, inocentemente, me ayudan a olvidarlas para siempre.

Como manada de ovejas el agua se filtra por mi boca saciando la sed de años, años solitarios transcurridos entre multitudes de ruidosos amigos, que no sabían callar, que no sabían preguntar.

Mi interior brilla de alegría al sentir el paso del fresco líquido que invade, como ejército amigo, territorio ocupado por el enemigo.

Una fuerte mano me sacude despertándome del sueño de siglos.

Me eleva.

Fondo, oscuro, plano, tranquilo, frío, solitario, amigo.

Una anónima mano me ha colocado en medio de la claridad, superficie, desorden, ruido, aire.

¿Quién se lo ha pedido? ¿Es que acaso no hay libertad?

El centellear de la ambulancia que me transporta ha contagiado a toda la ciudad recubriéndola de tiznes rojizos, salpicada de luces blancas con formas de ventanas, que se abren para dejar paso a la curiosidad de sus aburridos moradores, encontrando así motivo de conversación.

La ciudad gira como en una calesita al compás de un organito de humedad, y la escarcha comienza a extenderse.

Recorro la ciudad por sus venas negras, en la góndola blanca que reclama paso a relinchos ensordecedores, anunciando su carga esperanzada de llegar a tiempo.

Los barriletes de nubes se agolpan para mirarme, hasta algunas descienden a las veredas en forma de lluvia y me observan mejor.

El viento cierra las ventanas, ahuyenta el sol y a los pocos peatones; la noche es casi soberana.

El inmenso hospital me recibe con la tranquilidad característica de los que a diario manipulan la vida y la muerte.

Cómo puede romperse un vaso lleno de vida y desparramarse entre los vidrios, desgarrándose, aniquilándose.

Cómo puede la vida acabarse sin avisarnos, sin preguntarnos, sin...

Cómo no tuvimos las últimas palabras que pronunciamos...

Cómo no dijimos todo lo que hubiéramos querido decir...

Cómo no nos fijamos detenidamente en la mirada, si era la última vez.

Cómo no conversamos de todo lo que nos unía.

Cómo no reímos juntos, no importa de qué.

Cómo no caminamos juntos, como lo hicimos tantas veces.

Cómo no discutimos todo lo que hubiera sido necesario.

Cómo no prolongamos el tiempo...

¿Quién habló de muerte? Si aún te queda la fuerza de vivir de tus amigos.

Mientras estés ahí, postrado, medio muerto, medio vivo, nosotros estaremos medio vivos, medio muertos.

Cuando vivas...

Las blancas sombras de los médicos se envuelven la cara y en silencio te rodean.

Los pulmones trabajan lentamente, casi se detienen varias veces.

Mientras afuera la noche transcurre, mis amigos se han ido agolpando en la sala de espera, como en el hall central de una estación de tren, aguardando al viajero que regresa de una larga ausencia.

Las nubes aún somnolientas me dejan poco a poco, y el oxígeno me refresca, me empuja hacia arriba.

Luces y sonidos me abruma, las sonrisas me dan la bienvenida.

La ciudad otra vez se tiñe de rojizos colores; es de día.

EL TELÉFONO

“Y a la voz de una campana, siguen las de sus hermanas las campanas, las campanas, las campanas, las campanas, las campanas, las campanas, las campanas, las campanas, en sonoro ritmo de oro de alma coro, ¡las campanas!”.

EDGARD ALLAN POE

Hace cinco minutos el reloj que mira a la calle desde el Banco Central, señaló el comienzo de la veinteava hora del día de hoy.

Las veredas casi vacías expulsan a los rezagados oficinistas que se dispersan como si huyeran de algo, seguramente de sus aburridos trabajos y convencidos de que se les va la vida en rutinas que poco importan y que nada producen.

La mañana fue espléndida al igual que la tarde y me imagino que la noche será una de esas en que nos dan ganas de escribir alegres versos como... o pasearnos bajo la Luna por la costanera mientras el río nada tomado de la mano de blanquecina luz que ilumina la contaminada playa.

Dentro de unas horas concluirá el tercer día del mes en el que a muchos de los porteños se les ocurre tomarse las largamente deseadas vacaciones anuales, aunque muchos lo que en definitiva hacen es cambiar de ciudad donde aburrirse.

Por unos días Buenos Aires parece poco habitada, casi es posible respirar el silencio.

Con la ida del Sol hacia el Pacífico la temperatura descendió notablemente pero aun los apresurados transeúntes gotean como los vidrios de los bares en los crudos amaneceres invernales.

Hasta hace un rato, si prestábamos atención, podíamos oír al diariero de la esquina voceando la sexta; quizá haya cerrado su puesto al no tener ya clientes.

La ciudad va quedando desierta, aunque poblada de viejos recuerdos que no logran irse pues pocos los tienen en cuenta, ya que la historia enseñada en las escuelas únicamente recrea hechos bélicos, tiranos y algunos políticos como si nunca hubieran existido albañiles, escritores, barrenderos, escultores...

De la boca del subterráneo salió un solo pasajero que, sin apuro, se va encaminando hacia la otra esquina como si le diera lo mismo dirigirse a cualquier otro sitio. Las paredes de los edificios parecieran que comienzan a respirar sin dificultad, sobre todo aprovechando de que casi nadie las puede observar. Mucha gente está convencida de que los muros no tienen vida pues parece que no se mueven ni se quejan al ser pintarrajeados por quienes suponen que los cambios se hacen ensuciando paredes o estropeando monumentos.

Pablo, el solitario pasajero del subterráneo, entra al “Centro de Negocios”, dejando atrás las baldosas flojas que se burlan de la desidia de quienes las tendrían que haber arreglado hace años, además de quejarse de la inoperancia de los demás.

Por mutuo acuerdo, hace mucho los propietarios decidieron que “indefectiblemente, en todo el edificio deberán cesar las actividades a las 20:00 horas. El portero cerrará las puertas y se retirará hasta las 07:00 horas del día siguiente. El encargado de la limpieza, con otra llave, ingresará a las 21:00 horas y se retirará al finalizar su trabajo”. Por eso, Pablo inicia su solitaria tarea nocturna como al él le gusta, sin interrupciones y en silencio.

Su misión es dejar relucientes todos los pasillos, los baños generales y la escalera. También se ocupa de los ceniceros ubicados en la recepción donde durante el día los vigiladores controlan a quienes entran y salen. Las medidas de seguridad pronto serán reforzadas pues en algunas oficinas y despachos se guardan valores en sus respectivas cajas fuertes.

También las drogas de las abundantes *muestras gratis* que los laboratorios medicinales regalan a los profesionales, que luego las recomiendan a sus pacientes y estos las compran como si fueran las únicas alternativas de tratamiento.

El edificio fue uno de los primeros en ser construido como propiedad horizontal y sus ocupantes originales fueron unas pocas familias con capacidad de vivir en amplios espacios; hoy en día, después de numerosas subdivisiones, los pisos son ocupados por abogados, dentistas, médicos, agentes de bolsa y algunos despachantes de aduana.

Pablo es de baja estatura, fuerte y rara vez mira a los ojos de los demás. Pareciera que siempre está buscando algo o que prefiere vivir sin importarle qué les pasa a los demás.

A causa de sus ocupaciones pasadas sus manos son particularmente grandes, desproporcionadas al resto de su físico, más bien parecen de otro cuerpo. Sus piernas ágiles y cortas son proporcionadas al resto pero realzan su presencia.

Con sus elementos para el trabajo, el taciturno maestranza se encamina al primer piso ya que, por cábala, siempre realiza su labor de abajo hacia arriba, sin importarle que sería mucho más eficiente llevarlo a cabo en sentido inverso. Nadie tiene por qué opinar si él realiza su cometido antes que el portero llegue a la mañana siguiente.

Todas las puertas de las distintas oficinas y consultorios están cerradas pues “por razones de seguridad durante la noche se limpiará solamente los corredores, baños y escaleras”. Esta medida se adoptó para evitar agregarle responsabilidades al personal pues si faltara algún instrumental valioso o dinero los principales sospechosos serían las dos únicas personas que tienen la llave de la puerta de calle.

Con su acostumbrada parsimonia y eficacia Pablo inicia su tarea esparciendo con la mano el agua contenida en un balde que es sostenida con la otra. La va extrayendo acompasadamente al igual que esos muñecos que nos regalan cuando somos chicos, que parecen producir

movimientos espontáneos aunque, tan solo, repiten su papel una y otra vez como Pablo ahora y hace años.

Inmerso en su soledad va recorriendo el camino de su diario trajinar sin preocuparse por nada que no sea dejar todo el piso en perfecta limpieza. De los baños se ocupará después pues primero recorre todo el edificio de abajo hacia arriba con el único propósito de dejar impecables los corredores. Luego comienza a descender limpiando los baños generales de cada piso. Jamás se apartó de esa rutina que la inició la primera noche de trabajo.

Durante horas y horas, cinco veces por semana, está en absoluta soledad, como le gusta a él. El resto del día también pasa la mayoría del tiempo sin mucho contacto con nadie y siempre caminando con la vista hacia abajo.

Millones y millones de personas viven en pocas manzanas a la redonda, centenares de miles de autos circulan por las calles y, en cada jornada, infinidad de historias se construyen entre odios y amores. Otros muchos están solos y así quieren estar.

El teléfono comenzó a sonar desde el interior de una de las tantas oficinas del tercer piso. Pablo continúa con su labor ajeno a la campanilla encerrada en esa mágica caja que sirve para la comunicación a distancia, entre los que quieren comunicarse. Pareciera que la humanidad ha perdido el derecho a aislarse cuando lo crea conveniente; siempre hay que estar dispuesto a comunicarse aun cuando uno no lo desea. Dejar de atender un teléfono por unas horas es sinónimo de grave enfermedad o muerte y nunca el resultado de un placentero aislamiento. El teléfono no llama, ordena ser atendido inmediatamente bajo el apercibimiento de ser tildado de huraño. Ya no podemos decidir cuándo queremos comunicarnos si otro decidió por nosotros; una forma contemporánea de la negación de la autodeterminación de las personas.

Ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring...

Pablo ring jamás ring le ring prestó ring atención ring al ring teléfono ring ring pues ring quien ring quiera ring atenderlo ring le ring

sería ring imposible ring pues ring todas ring las ring oficinas ring permanecen ring herméticamente ring cerradas ring sin ring excepción ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring...

¿Quién ring será ring el ring que ring llama ring a ring estas ring horas de ring la ring noche ring si ring sabe ring que ring las ring oficinas ring no ring atienden? ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring...

¿Porqué ring no ring dejará ring de sonar? Ring... ring... ring... ring... ring...

¡No se dá ring cuenta ring de que no ring lo puedo ring atender! Ring... ring...ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring...

Pablo continúa ring limpiando los azulejos de las paredes ring mientras ring habla ring... ring en silencio ring y el teléfono grita ring... ring... ring... ring...ring...ring...ring...ring...

¡Quién será el ring imbécil ring... que llama a estas ring... horas ring... de la maringdrugada! Ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring...ring...ring... ring...ring... ring... ring... ring... ring... ring... me ring... voy a fijar ring... a que oficina están llaringmando para ring mañana ring quejarme ring... ring... ESTUDIO ring... SIRES ring... ABOGADOS ring... ring... ring... ring... ESTUDIO ring... JORGE LENZI ring... CONSULTORA MAURIÑO Y ASOCIADOS ring... ring... ring... ring... DAMAS ring... ring... CABALLEROS ring... ring... ring... ring... DR. CONRADO ring ring... DENTISTA ring... ring... ring... ring... ACADEMIA RAMIRO FERNANDEZ ring... ring... ring... ring... ring... ring... DR. PERRETT ring... NEURÓLOGO ring... CIRUJANO ring.

¡Aquí ring está, ya ring... me van a ring... a escuchar ring... maringñana ring... ring... ring... ring... ring...

Ring... ACADEMIA ring... ring... DR. CONRADO ring... ring... CABALLEROS ring... ring... ring... DAMAS ring... ring... CONSULTORA MAURIÑO Y ASOCIADOS ring... ring... ring... ring... ring...

ring... ring... ring... ESTUDIO ring... ring... ring... ESTUDIO ring... ring... ring...

Pablo recoge todos sus implementos de trabajo y ring como si huyera de un asesino ring... sube hasta el cuarto ring... piso ring... para ring... conringtinuar ring... limpiando allí.

¡No puede ser! –apenas se oye la campanilla del teléfono que sigue sonando- ring... ring... ring... ring... ring... ring... ¡quién puede ser! ¡quién puede ser el imbécil! ... ring... ring... ring... ring... ring... ring...

Capaz que es alguien queringllamaring por un caso de urgencia...

Ya no limpia más, transpirando –como en invierno los vidrios de los bares-, se sienta en el piso apoyándose en la pared ring... ring... ring... ring... con la mirada perdida como cuando camina durante el día ring... ring... casi no se oye el continuo y penetrante grito desesperado del oculto teléfono ring...

¿Quién puede ser?

Pablo se levanta jadeando, molesto e impaciente y en pocos pasos baja por la escalera hasta el tercer piso ring... ring... ESTUDIO ring... ring... ring... ESTUDIO ring... ring... ring... CONSULTORA ring... ring... ring... DAMAS ring.. CABALLEROS ring... ring... DR. CONRADO ring... ring... ACADEMIA ring... ring... ring... ring... ring... ring... DR. PERRETT ring... NEURÓLOGO ring... CIRUJANO ring... ring... ring... ring... ring...

¿Qué querrá? ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring... ring...

Pasó, terminó, finalizó, concluyó, finiquitó, murió. ¿Por qué no llama? ¡Llamá! ¡Qué te crees!

Transpirando, Pablo está sentado otra vez en el piso, apoyado en la pared, con la mirada perdida como cuando camina por la calle llena de gente. La luz del ambiente recorre incesantemente el pasillo y parte del rellano de la escalera tratando que Pablo mire, pero no lo logra.

¡Ring!

Ring... ring... ring... ring... ring... ring...

De un solo golpe rompe el vidrio de la puerta. Ring... ring... ring... ring...

Pablo lentamente se introduce en el consultorio. Ring... ring... ring... ring... ring... ring...

A tientas camina por la antesala guiándose por el sonido del teléfono. Ring... ring... ring... ring... ring... urgencia.

Silencio. El teléfono dejó de sonar en la antesala completamente oscura.

Ya volverá a llamar –piensa Pablo.

Silencio.

Afuera, en la calle, sigue sonando la alarma contra ladrones del “Centro de Negocios”.

LA BLUSA

*“Sólo por el cielo
Resbaló, despacio
De lluvia una lágrima
Al sol del ocaso”.*

SVIETLOV

A pocas cuadras del centro parece que los pájaros se han callado pues se oye el silencio de la calle desierta como de costumbre. La siesta duerme entre los pocos árboles, acurrucada junto a los pájaros, las hojas y algunas flores tardías que esperan el otoño y las primeras heladas.

La antigua casona no se diferencia en mucho de las demás, de las que fueron construidas en una misma época; materiales livianos pero resistentes a los años, los vientos y el prolongado Sol del breve verano.

La dueña de casa se pasea nerviosamente de un lado para otro, mientras el canario también encerrado en una jaula salta de un extremo al otro de su prisión adornada con flores artificiales.

Ella no supera los cuarenta años, aunque sus primeros años de lavandera le endurecieron las facciones, ensanchado las caderas y fortificado los brazos. Todos los intentos por disimular su trabajo inicial poco efecto causaron y los que la conocen de esa época siguen recordándola recorriendo las calles con su canasta a cuestas.

Cuando repiqueteó tímidamente el timbre de la puerta principal, Amalia, la dueña del canario, se sintió impulsada hacia la entrada como si su ansiedad la hubiera vencido sin reparo.

Bajó por la escalera, corrió por el corredor, abrió la puerta y miró hacia fuera; todo el Sol de la tarde penetró en el ambiente iluminado su franca sonrisa de satisfacción.

En la vereda espera una mujer de mediana edad, frágiles brazos, suaves ademanes, que deja entrever una equilibrada educación; sostiene una elegante pero anticuada caja floreada.

Sin expresar palabra alguna Amalia le tiende sus toscas manos –a pesar de los rigurosos tratamientos de belleza–, toma la caja y dándose vuelta ingresa nuevamente a su casa, olvidando cerrar la puerta.

Sube lentamente la escalera mientras nerviosamente abre la caja dejando caer el cordón amarillo que la sujetaba. Toma de su interior una blusa apoyando sobre una mesita la caja ahora inservible.

La blusa es celeste con una cinta delicadamente más oscura que la envuelve; celeste como el vestido que usará a la noche en el “desfile de caridad” donde se elegirá a la más elegante de las benefactoras. En el jurado estarán la actual mujer del gobernador, varias autoridades civiles, eclesiásticas y militares que, seguramente, les interesará más el ser vistos que el lograr algún grado de justicia en la decisión final. Y los pobres... “siempre habrá pobres entre ustedes”.

Ella está convencida de obtener el premio pues su marido es siempre el que más aporta para las obras de la Parroquia; además, ella va a misa todos los domingos aunque no sabe bien por qué, pero supone que si tanta gente lo hace todos no pueden estar equivocados. Además, a veces es divertido pues es posible enterarse de algunas cosas como lo de la hija del Gobernador con el custodia o el Ministro que tuvo que renunciar por descaradamente corrupto.

Al llegar a su dormitorio se coloca enfrente a un gran espejo que la hace un poco más flaca aunque sepa que no es verdad. Se prueba la blusa sin sacarse lo que tiene puesto. También se acuerda que en las reuniones de la Parroquia pudo escuchar cómo se compran algunos comentarios periodísticos o los viajes innecesarios de los políticos que lo único que hacen es divertirse lejos de sus familias. Por suerte, su marido es un empresario honrado que le fue muy bien con la construcción del puerto, que si nunca se terminó no es culpa de él. Cuando se desplomó el techo de la escuela nueva los responsables fueron los albañiles que no hicieron bien la mezcla. Además, a la venta de armas a la Policía fue absolutamente legal por más que a algunos no les haya gustado. Una no tiene la culpa de que existan desocupados.

A la blusa celeste la siente como la corona para una reina en su inicial jornada de monarca o como los primeros pantalones largos de un niño que comienza a dejar de serlo.

Es verdad que pocas de sus amigas usan blusas de este tipo pero a ella le gusta sentirse distinta y, además, cuando hay mucha calefacción es muy útil.

Se siente feliz; qué atrás ha quedado toda esa vida pasada ordeñando vacas a la madrugada, refregando ropa ajena mientras transcurría la mañana, planchando esperando la tarde y haciendo el reparto mientras no caiga la noche; ¡qué atrás!, qué atrás pero qué profundos están todos esos recuerdos. Dos o tres veces los contó en público hasta que se dio cuenta que se burlaron de ella no por haberlo hecho sino por divulgarlo.

Ya vestía de azul cuando la mucama le avisó que habían llamado de parte del *señor* para avisar que lamentablemente no podrá llegar por la nieve en el camino, aunque muy bien todos saben que otros *asuntos* lo retienen cada vez que viaja.

Mirándose otra vez en el espejo se siente ridícula con su blusa celeste con una cinta delicadamente más oscura, arreglada después de ensayar cien maneras distintas, incluyendo la posibilidad de no llevarla a la fiesta a beneficio de vaya a saber qué; si “siempre habrá pobres entre ustedes”, como repite en algunos sermones el párroco; será mejor pensar en otra cosa.

La blusa rueda por la alfombra persa traída en el último viaje a Miami, aunque fuera fabricada en cualquier otro país, pero pronto estuvo en las manos de la mucama y se la ofrece en silencio a Amalia que llora frente al espejo para no hacerlo sola como en toda su vida.

¡No la quiero, Sofía!, te la regalo.

Sofía sigue teniendo en su mano la blusa extendida como una bandera a media asta. Sin saber qué hacer sale de la habitación sin pronunciar palabra alguna; a veces, el silencio es mejor que decir algo sin mucho convencimiento.

Una vez en su pequeño dormitorio Sofía se prueba la blusa y se observa en el espejo ubicado en el reverso de la puerta de su único ropero. Por la claraboya entra un poco de luz y se puede adivinar el lento atardecer.

Por supuesto que desentona con su vestido negro y delantal blanco, pero en la noche del jueves, cuando salga con Mario a pasear por la plaza, lucirá mucho mejor pues llevará también su pollera azul marino y los zapatos blancos.

Las pocas luces de la plaza escondidas entre los árboles convertirán ese pequeño espacio en un mundo propio en que nadie los molestará. Solo en sus momentos de descanso puede ser ella misma ya que, sino, siempre está obedeciendo sin siquiera tomar las más elementales iniciativas. Siempre encerrada en la enorme casa.

El timbre de la puerta de calle la arrancó de su breve ensueño, lejos de su realidad cotidiana. El trabajo, siempre al servicio de los demás; ella para el resto poco importa. Pero no se puede quejar pues todas sus hermanas no consiguen trabajo y alguien debe enviar algo de dinero a su casa.

Deja la blusa sobre su aun desarreglada cama y corre hacia la puerta aunque el timbre ya no suena. El paisaje sigue tan cambiante como siempre; parece que el visitante estaba apurado pues no ve a nadie aunque en el buzón próximo a la vereda sobresalen varios sobres de todos los tamaños.

Al recoger la correspondencia mira para todos lados por una antigua costumbre que le quedó de cuando gobernaban los militares.

Mientras ingresa a la casa va ordenando lo que el cartero les dejó; casi toda la correspondencia es para el señor Luna. Entre las facturas, revistas y propaganda encuentra un sobre bastante estropeado donde lee su nombre completo y en el remitente el de Mario. Le llama la atención leer su apellido pues en su trabajo es solamente Sofía, ya que únicamente se mencionan los apellidos de los dueños y sus visitas dado que alcanza con el nombre para llamar a los que trabajan en la casa.

Sin preocuparse por el orden deja la correspondencia sobre la mesita que está el teléfono y otra vez corre a su dormitorio, apretujando fuertemente la carta entre los dedos de sus inquietas manos.

Luego de asegurar el cerrojo de la puerta se recuesta sobre su cama, junto a la blusa celeste.

Querida Sofía:

Aquí lo estamos pasando bastante bien, pero el no berte ace ya mas de un semana me pone muy triste.

Te escribo rapidamente pues el furriel en unos minutos mas ba al-correo y es la ultima oportunidad que me queda para escribirte.

A la tarde nos vamos de instrucción por lo que no podre salir el jueves con voz, como lo abiamos planeado juntos el otro dia cuando estube de franco. Creo que bolbemos dentro de un mes. Espero poder escribirte otra vez cuando ya estemos instalados.

Te quiero.

Mario

Cabo 1 (por poco tiempo)

Otra vez la soledad del mal iluminado dormitorio le hizo darse cuenta de su situación; si toda su vida será servir a quien no le interesa y que jamás podrá mejorar en su trabajo poco le queda por hacer. Ya no irá el jueves a la plaza a mirar a las otras parejas y saber que la ven con Mario. La blusa celeste sigue sobre la cama entre medio de las sábanas y las frazadas.

Un poco pasadas las seis de la tarde, luego de servirle el té a la señora, Sofía consiguió permiso para salir un rato. Lleva la blusa en una pequeña bolsa sin saber bien por qué.

Pocos pájaros observan su paso. Al legar a la esquina se detiene un rato, luego cruza la calle y acelera su andar; ahora tiene un destino fijo.

El Sol sólo es un recuerdo que al día siguiente volverá. Las nubes recorren su camino marcado por el viento. Volar, ¿quién podría volar?

Las estrellas comienzan a asomarse aunque Sofía no les presta atención; ella sabe que le falta poco para llegar.

Ya está en el centro de la ciudad, las vidrieras están totalmente iluminadas aprovechando las abundantes ventas de principio de mes. Dos mujeres de su misma edad le piden algo para comer y ella sigue caminando sin siquiera haberlas mirado como hace la señora cuando le ordena alguna cosa. Ahora que recuerda, nunca en la casa le piden por favor ni jamás le dicen gracias.

Sofía, con su bolsa apretada al regazo entran a un viejo comercio de compra venta. El ambiente es húmedo y se percibe un olor indefinido pero rancio como en el basural donde iba cuando era chica.

Luego de discutir largamente por el precio, al fin le vende la blusa celeste al dueño del local de apellido de difícil pronunciación. La blusa celeste queda en la vitrina apoyada en una tablita blanca junto a dos violines, dos guitarras, cinco corbatas y un cortaplumas con incrustaciones de nácar.

En la tienda los días transcurrieron sin novedad; tan solo una vez una adolescente de unos quince años trató vanamente de ponerse la blusa celeste pero, por más que lo intentó varias veces, no logró superar sus muchos helados, chocolates, papas fritas y no sé cuantas cosas más.

Al cabo de dos semanas de aburrida espera la blusa celeste tiene un nuevo dueño: un señor de baja estatura y siempre sonriente entró bien temprano y compró cuanto fantasía encontró. Collares de perlas coloreadas, adornos brillantes tan falsos que nadie lo asemejaría a alguna piedra preciosa y pañuelos cuanto más llamativos mejor.

Después de una larga conversación e intercambio de risas al descubrir lo parecido de sus apellidos de difícil pronunciación, el comprador explicó su interés por tanta mercadería: está apunto de montar “un gran espectáculo con cuatro bailarinas y una cantante muy importante aunque

todavía sea poco conocida”. Está convencido de que será un éxito y que será “al fin su oportunidad que durante tantos años se le escapó de las manos por que siempre hay envidia en este ambiente”.

Al salir se detuvo y miró los objetos expuestos en la vidriera. Sin dudar lo ingresó otra vez y sin discutir el precio compró la blusa celeste al doble de lo que recibió Sofía.

En el primer descanso del ensayo de ese mismo día conoció a la cantante, que envuelta en una toalla, entró al escenario como si fuera a atropellar a cualquiera que se interpusiera a su paso.

Las luces brillan con toda su fuerza aunque, cada tanto, parecen ceder o ir perdiendo intensidad. El pianista trata de mantener la melodía aunque el cansancio va ganando la batalla.

El productor grita cuatro nombres tratando que las bailarinas terminen de vestirse lo poco que las cubre.

Un constante polvillo sobrevuela el escenario, quizá algún novato suponga que es un efecto especial.

Es verdad, la cantante tiene sus méritos aun en ese medio que poco la ayuda.

Después del ensayo se prueba la blusa celeste; le queda perfecta. La deja sobre una silla y sale del escenario.

En seguida se apagan todas las luces pues “hay que ahorrar hasta el último céntimo”. Las bailarinas se fueron hace rato pues, además, son empleadas en un bar.

El escenario quedó en silencio; la blusa celeste está sobre una silla. Esta noche cantará para todos y la gente la aplaudirá.

.....

*“Nada he visto sino el mundo, nada
me sucedió sino la vida”.*

D’HALMAR

Había una vez un planeta en que reinaba la felicidad por doquier pues sus habitantes deseaban la paz y estaban convencidos que era posible ya que la habían consolidado en su interior.¹⁰

¹⁰Si le pareció muy breve este relato de tan solo treinta y dos palabras, léalo cuantas veces lo requiera su interior, aun cuando estas líneas se conviertan, algún día, en una simple crónica de la realidad que nos rodea.

Queda pendiente la tarea de escribir la introducción, es decir relatar toda la historia de la humanidad empeñada, sin mucho éxito, en lograr la paz. Asimismo, falta narrar el final que, en definitiva, será idear y construir nuestro devenir con justicia para todos por igual.

Si alguien sostiene que la paz, en cualquier época y circunstancia, es posible sin haber logrado la paz personal, entonces, es mejor que redacte una historia de la hipocresía.

CUERPO PRESENTE

Si suponemos que después de la muerte no hay otra cosa que la nada, ¿por qué entonces, ese temor al morir al que pocos escapan?

Esta mañana cuando morí no sentí absolutamente nada en especial, salvo que había muerto, claro está. Con eso quiero decir que no sucedió todo lo que leemos en las revistas. Simplemente me morí.

Voy a tratar de ser más claro aun por si hay alguien que no me ha comprendido. A veces lo sencillo resulta complicado, sobre todo cuando ya le hemos infundido el carácter de difícil como las matemáticas que tan sólo es sumar, restar, dividir, multiplicar y estafar apenas el otro se distrae.

Ayer, al acostarme, hice exactamente lo mismo que vengo haciendo hace por lo menos veinte años: leer un capítulo de una novela de moda para después poder comentarla en la oficina. Casi siempre me quedo dormido con la luz encendida.

Dormí toda la noche sin siquiera un sobresalto ni nada por el estilo. Hasta los vecinos de abajo no se pelearon a los gritos. ¡Qué difícil es convivir cuando el reproche reemplaza a la pregunta y a una cuota de independencia!

Cuando faltaba algo así como una hora para levantarme me morí, como ya he contado recién.

No crean que me di cuenta de mi muerte pues estaba dormido. Sería ridículo que si no reparamos en nada mientras dormimos nos anoticemos de que nos morimos. Lo uno sin lo otro no es posible salvo en la mente audaz de los escritores que no hacen otra cosa que inventar y así ganar dinero; son como los funcionarios que siempre están inventando

historias para explicar todo como si el resto no nos diéramos cuenta o nos olvidáramos cuando hay que elegirlos.

Recién cuando sonó el despertador me di cuenta de la nueva situación en que me encontraba.

Al principio me sentí un poco molesto pues, nunca fue de mi agrado que sucedan cosas sin haberlas previsto de antemano; pero pronto tuve que resignarme a estar muerto ya que no me quedaba otra alternativa.

No se imaginan la cara de Vanesa, mi mujer, una vez convencida que con zamarrear me no iba a lograr despertarme. ¡Que linda palabra zamarrear!

Comenzó a gritar, primero despacito y después cada vez más fuerte. ¿Qué habrán pensado los vecinos de abajo?

Me gustó como gritó. Fue un grito lindo o, más bien, fue un grito justo que, al mismo tiempo, parecía una pregunta y una afirmación con énfasis, esas que siempre uno duda con qué signo escribir.

Mi jefe en el trabajo siempre dice que las tildes y los signos de puntuación no son errores pues no es lo mismo equivocarse en una letra que en una coma, aunque pueda cambiar todo el sentido de la oración.

El médico, una vez en la vida, no demoró en venir y tampoco tardó en revisarme pues poca duda cabe que estoy bien muerto como es mi costumbre; digo, siempre trato de hacer las cosas lo mejor que puedo y acabarlas hasta el final, como corresponde.

Con mi muerte todo comenzó a adaptarse a la situación: las expresiones, conversaciones en voz baja y ruidos disimulados. La casa pronto se convirtió, todo por culpa mía. Las caras de los presentes indican claramente la situación, inclusive a los que van llegando y saludan con un “¿qué tal?” por no saber bien que decir. ¡Qué distinto sería el mundo si aprendiéramos a callar cuando no tenemos nada que decir!

Uno de mis cuñados me cerró los ojos –nunca falta un cuñado en una familia por honrada que ésta sea-. Supongo que lo hizo para no permitirme mirar fijo a los que de reojo me observan. ¿De dónde habrá sacado que los muertos miramos como los vivos?

Poco a poco van llegando los parientes y amigos; algunos están apurados pues tienen que ir a sus trabajos y otros están apurados pues no queda bien reconocer que uno tiene la libertad para decidir en este sentido. Los que siempre tienen algo que hacer, en definitiva, poco les importa ... dejemos esto pues no es momento para enemistarse con nadie.

En tácito orden y despacito –casi con miedo a despertarme- las visitas entran al dormitorio por unos segundos, me miran y enseguida salen hacia el comedor, que es donde se ha instalado el campamento central.

Gran parte de mi familia tardará por lo menos un día en llegar pues, cuando se enteren de la noticia de mi muerte, tendrán que viajar doce horas o más. Pobres, hasta con mi muerte les causo problemas, aunque es bueno que nos veamos de vez en cuando.

Poco a poco, lo que al principio fue un tímido zumbido, se ha convertido en un cotorreo de comentarios y cuentos que mantienen entretenidos a los presentes. La espera será larga aunque mi casa queda a pocas cuadras del cementerio.

Acaba de suceder lo que me temía desde un primer momento, ¡han comenzado a llegar flores y más flores de todos los tamaños y formas! Digo yo ¿si saben perfectamente que, por mi alergia, no me gustan las flores, por qué demonios me rodean de coronas y palmas? ¡Flor de susto se van a dar si comienzo a estornudar!

Siempre, ante la menor duda, hay que hacer lo que hubiera hecho quien no puede decidir.

¡Que barbaridad! han entrado un cura con un monaguillo repartiendo incienso para todos lados. Es una falta de respeto, si saben perfectamente lo que pienso de todo eso; si al menos se casaran.

Cómo me hubiera gustado ver la cara de mi jefe cuando le avisaron la razón de mi falta de hoy. No crean que lo digo por algún problema personal, sino por que tenía que pagarle una deuda por la apuesta que perdí a principios de mes. Nadie más sabe que jugamos mucho dinero

con respecto al final del juicio contra el ex Ministro de Economía; eso me pasa por confiar en la Justicia. Ya veré la manera de pagarle por si nos volvemos a encontrar ya que quien dijo “la mortaja no tiene bolsillos” no conocía a mi jefe.

No hay duda de que, a esta altura de los acontecimientos, la casa es una verdadera romería. Mi tranquila vida se ha alterado con mi muerte: amigos y compañeros de trabajo conversan en la cocina, parientes lejanos intercambian noticias en el comedor, niños sin distinción alguna corren por todos lados. Mi mujer y dos primas que hace años no veo rezan el rosario en mi habitación. La vecina que no me saludaba sirve café a todo el mundo, seguramente como su última venganza.

La muerte es un hecho natural que la humanidad ha convertido en una catástrofe.

Las velas siguen encendidas como recordando que muchos están vivos; las flores están por todos lados como de ejemplo que lo inútil, cuando es solemne, es cien veces un disparate mayúsculo. Es como los políticos que en campaña siempre están sonrientes y cuando son funcionarios siempre están serios.

Supongo que alguien se dio cuenta del lío que estaban haciendo los chicos pues desaparecieron todos juntos; tampoco escucho las conversaciones y las risas entrecortadas.

Los empleados de la empresa de pompas fúnebres me están encerrando.

Lástima que los entierros no sean a cielo abierto. Si al menos sirvieran para algo como, por ejemplo, que en vez de lamentar a los muertos por las guerras nos ocupáramos de los vivos en tiempo de paz.

25/11/73

*“Hay un agrado en observar la
arcana
Arena que resbala y que declina
Y, a punto de caer, se arremolina
Con una prisa que es del todo hu-
mana”.*

JORGE LUIS BORGES

Eran las seis y treinta de la mañana cuando Segundo Esteban Cuarto detuvo la alarma del despertador mediante un rápido movimiento casi reflejo; hace más de catorce años que cinco días por semana hace exactamente lo mismo.

En nueve minutos –los tiene perfectamente calculados- Segundo se afeitó, se lavó los dientes y la cara y se peinó. Como todas las mañanas no tardó ni un minuto más ni uno menos.

A la media hora de haberse levantado subió al colectivo, número interno quince –siempre el mismo- de la línea veintiocho.

Antes de las diez entró al enorme salón un encorvado hombre, es un viejo abogado –creo que es abogado porque una vez le escuché acusar “con pruebas en la mano” a otro hombre que a su vez otro individuo lo defendía con un “a las pruebas me remito”–; lo de viejo lo digo por su aspecto pues, en verdad, no sé su edad. Lleva en sus manos dos antiguos libros que, luego de subir por una empinada y desgastada escalera, los coloca en el último estante. La biblioteca cubre completamente tres paredes de la habitación y se nota que la falta de limpieza se remonta a, posiblemente, cinco o más años.

Cuando el viejo comienza a descender un “Derecho Romano” ríe su risa centenaria con un “Código Civil I” mientras los siete tomos de

“Filosofía del Derecho” se abalanzan sobre él precipitándolo al vacío; al poco tiempo los demás libros –obedeciendo a una invisible orden- caen sobre su cuerpo que yace en la alfombra cubriéndolo por completo.

Segundo compró un boleto de noventa que es el que corresponde para viajar hasta su trabajo, al que día a día llega puntualmente luego de un trayecto de veintisiete minutos exactos.

La oficina donde Segundo trabaja nueve horas divididas por treinta y cinco minutos para almorzar y quince para tomar un café al promediar la tarde, está ubicada en el decimotercer piso del Edificio Siglo XXI, de la calle diez y nueve, entre treinta y tres y treinta y cuatro de la ciudad de La Plata.

Mientras transcurre el cotidiano viaje –para distraerse- Segundo realiza acertijos matemáticos, en donde trata de calcular, por ejemplo, cuánto es el resultado de la multiplicación de las tres últimas cifras del boleto y los dos primeros números de las chapas identificatorias de los autos que pasan junto al colectivo.

Cuando el *veintiocho* reemprende la marcha al cambiar la luz del semáforo de la cincuenta y siete, los diez y seis pasajeros, el conductor y cuatro señoras, dos adolescentes y un canillita que caminan por la vereda de enfrente se sobresaltan al escuchar un estampido de regular intensidad que surgió de un sitio no muy preciso pero cercano.

Al ser Segundo el primero en darse cuenta del significado de las explosiones y de la brusca detención de la marcha del colectivo, se abalanza hacia la puerta atropellando a tres escolares y a una señora que con esfuerzo había logrado incorporarse de su asiento.

El apuro de Segundo se debe a que tan solo posee dos minutos como margen de retraso si quiere llegar a tiempo a su oficina y cumplir con la puntualidad que lo caracteriza.

Él sabe muy bien que la impuntualidad, además de ser una grave desconsideración para los demás, es el refugio de los indiferentes.

Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve diez once...

Los segundos han comenzado a desparramarse por todos lados, como cuando se nos rompe una bolsa de fideos o cuando la brisa remueve la arena de una playa.

Ahora los segundos, en desordenada carrera, se dirigen hacia un peñasco en donde reside hace ya varios años la hora siete y media de la mañana, la misma que ha fijado Segundo para decirle a su secretaria:

–Buenos días, Eugenia, hoy pude llegar a tiempo.

Y ella le responderá como siempre:

–Buen día señor Cuarto. Así en singular pues ella insiste que cada jornada es única e irreplicable.

...veintidós veintitrés veinticuatro veinticinco veintiséis veintisiete veintiocho veintinueve treinta

¡No!, –pensó Segundo–, ese otro colectivo no me acercará ni en diez minutos.

... cuarenta y tres cuarenta y cuatro cuarenta y cinco cuarenta y seis cuarenta y ocho cuarenta y nueve cincuenta cincuenta y uno...

Debajo de las baldosas de las veredas recién baldeadas se oye a seis redobles ejecutando su característico sonido propio de cualquier salto de acrobacia circense.

Cincuenta y ocho cincuenta y nueve sesenta sesenta y uno sesenta y dos sesenta y tres sesenta y cuatro. Un minuto. Un minuto perdido. Un minuto menos. Un minuto.

¡Qué horror! Gritó Segundo mientras su cara pierde el color propio de un Ministro al ser reemplazado o de un ladrón al ser asaltado.

El canillita, el colectivero, las cuatro señoras y seis de los pasajeros lo miran con lástima: “Pobre hombre, seguro que por la vida que hace no le alcanza el tiempo”.

Hace unos días cuando Segundo le explicaba a su hijo que “por más que corro todo el día no me alcanza el tiempo” y no supo qué hacer cuando como respuesta recibió: “¿y si descansás hasta que el tiempo te alcance?”.

Segundo Esteban Cuarto cambia su semblante cuando ve avanzar a lo lejos un taxi.

... ocho nueve diez once doce trece catorce quince diez y seis diez y siete diez y ocho diez y nueve veinte.

–¡Apúrese! –le grita desafortadamente– no ve que ya he perdido casi dos minutos.

Dos minutos dos minutos dos minutos dos minutos dos minutos dos minutos dos minutos.

El taxi dobla en la esquina y desaparece como las esperanzas de Segundo de llegar a su oficina a las siete y media en punto, para decirle a su secretaria...

Cuando se cumplieron exactamente los dos minutos de retraso, Segundo sintió como si cuatrocientas cebras teñidas de blanco corrieran alrededor de él mientras cinco elefantes lo atropellaban.

De pronto se dio cuenta de lo mal que estaba mientras escuchó casi en forma inaudible:

–¿Lo llevo señor?

Estuvo a punto de decir que no pues nunca había subido a un espejismo para viajar hasta su oficina.

–¡Rápido por favor!, al trescientos veintiocho de la calle diez y nueve.

–Bien señor –dijo el taxista que poco a poco recobra su figura humana.

–Está entre treinta y tres y treinta y cuatro.

–¿Cómo señor?

–Que está entre la treinta y tres y treinta y cuatro.

–No puede ser, acabo de venir de la treinta y cuatro...

–Yo viajo todos los días.

–¿Todos los días viaja en taxi?

–No viajo en el veintiocho pero hoy se rompió.

–Sabe que usted tiene razón...

–¡Pero claro, acaso no lo vio detenido a un costado de la...

–Me refiero a la dirección, lo que pasa que yo... ¡animal! Fíjate por donde vas... como le decía, yo siempre... que animal es ese tipo para manejar... disculpe, le contaba que recién vengo del diez y nueve de la treinta y cuatro.

–Ya he perdido nueve minutos.

–Y yo a dos pasajeros por no saber donde está la escuela diez y siete y la Tercera Brigada de caballería. ¿Sabe usted donde quedan?

Treinta y...

–No, la escuela diez y siete y la Tercera...

–¡Cómo quiere que lo sepa, si voy al trescientos veinte y ocho de la diez y nueve entre treinta y tres y treinta y cuatro!

–Por favor, no se ponga así, lo que le comentaba era que...

–No tome por la diez y nueve hasta no pasar la veintiséis, ya que la veinticuatro y la veinticinco están cerradas “momentáneamente” al tránsito por las reparaciones que ya llevan más de quince días. ¡Qué vergüenza!

–¿Qué tiene de vergonzoso que las reparen?

–¡Nada! ¡Lo que pasa es que hace quince... perdone, me exalté otra vez.

–¿Le parece bien que tome por diagonal cuatro hasta la diez y siete y cuando llegamos a la veintinueve doblamos, y seguimos dos cuadras a la derecha y ya estamos en la veintisiete que es mano hacia la treinta y tres?

–Está bien, entonces tome... como dijo usted.

Segundo, para descansar la cabeza, se entretiene obteniendo el promedio de árboles florecidos que ve por cuadra.

–Perdón señor –interrumpe tímidamente el taxista– ¿a qué hora debe llegar?

–A las siete y media.

–Entonces no se preocupe... ¡vieja atolondrada mirá por donde cruzás! Le decía que en cinco minutos no más llegamos.

Otra vez Segundo ya no presta atención a su alrededor y sigue haciendo cálculos matemáticos.

–Ya estamos, ahí tiene el trescientos veintiocho de la diez y nueve.

Segundo mira una vez más el reloj –el que constantemente controla y observa que son exactamente las siete y veintiocho.

–¿Cuánto le debo?

–A ver... déjeme calcular... el reloj marca ¡qué gambas tiene esa yegua! ¿se fijó don? Trece por tres me da...

–Tome y quédese con el vuelto. Gracias.

–Espere don que calcule.

Segundo bajó del taxi y dando un portazo corrió hacia el edificio donde en el piso décimo cuarto su secretaria lo está esperando como hace años.

Con el ascensorista casi no conversó salvo unos “Buenos días”, así en plural.

Cuando abrió la puerta de su despacho –señalada con el número once– saludó sin mucha conciencia –como otras tantas cosas que realiza diariamente, pues “el acostumbrarse a realizar mecánicamente los asuntos de rutina aparentando espontaneidad, es más descansado para la mente”–. Luego de revisar algunos papeles dejados sin resolver el día anterior, se ubicó ante su enorme escritorio colmado de carpetas y cajas archivo. Dos relucientes máquinas de calcular parecen aguardar una dura jornada de cuentas y de impresión de resultados que serán verificados una y otra vez.

Un hombre esposado en sus muñecas, atado sus piernas entre sí y amordazado, se arrastra hacia la pútrida playa cercana a un riachuelo de fétidas aguas negruscas, en las que flotan a la deriva cerebros y ce-

rebelos de individuos muy ocupados que nunca se hicieron tiempo para pensar mientras tuvieron la oportunidad de vivir.

–Señorita Eugenia, le hablo por el cinco, le informo Segundo a su secretaria oprimiendo una tecla del intercomunicador. Cada alternativa de comunicación está numerada, saltando el trece.

–Le escucho señor, fue la rápida respuesta sin más aclaración.

–Conuníqueme, por favor, con el señor Woman de “Cifra”.

–¿Al número 492-4838?

–¡No señorita!, el 492-4838 no corresponde más al señor Woman desde que disolvieron la sociedad.

–Disculpe señor, no me quedó claro el cambio.

–No se preocupe, es todo un lío. Por favor, tome nota de los números... 492-1523 o sino 492-1614 y los internos 29, 35 y 38... pero llame primero por el 492- 9434 que es directo.

–Bien señor.

–Antes, por favor, fíjese en la carpeta veintiuno de cuentas, si está el talón del cheque serie catorce número: cero, cero, tres, cinco, ocho, siete, cuatro, por quinientos mil pesos, fechado el quince del cuatro de este año y el cheque serie catorce número tres, cinco, ocho, y dos ceros de trescientos mil catorce pesos del tres del seis, también de este año. Si los encuentra me los trae enseguida, junto con las facturas números cuatrocientos noventa y tres y cuatrocientos noventa y seis. Antes que nada llame, por favor, a mi mujer a casa y sino está allí la puede ubicar en el 493-0077 y le avisa de parte mía que, esta noche a las diez voy a llegar a comer con los dos gerentes de las sucursales. Además dígame, por favor, que si hay algún inconveniente me llame a las once pues a las doce estaré en la reunión de directorio, que creo que finalizará a las diez y nueve. Después vaya hasta el décimo y en la oficina de contabilidad le entregarán un sobre a mi nombre que contiene cinco acciones preferenciales. Le voy a dar los números para que los controle antes de firmar el recibo; son de la serie dos en romanos, los números novecientos catorce,

barra treinta y dos; mil cinco barra cero uno; dos mil trece barra diez y nueve; dos mil cuarenta y ocho barra diez y siete; tres mil doscientos diez y nueve barra veintidós. Y ya que está, por favor, vaya a la oficina del contador general y le pregunta a la secretaria si recibió un cheque personal mío de trece mil pesos y que si puede recién lo deposite dentro de dos o tres días.

–Bien señor.

–¿Ha habido algún llamado?

–Sí señor; lo estuvo buscando el Dr. Costa y me dijo que si usted lo podía llamar a las diez y treinta al número...

–Está bien, llámelo ahora.

–¿Algún otro llamado?

–Sí, es muy importante pero usted me dijo que no lo interrumpiera. Hace unos quince minutos llamó el licenciado ... el licenciado De Falco para comunicarle que anoche lo designaron a usted miembro de número de la Academia de Ciencias Exactas.

–Gracias, llámelo al AB!ÑTMC interno OR o al interno FV, pero no antes de las Pedro y Antonio minutos. Y por favor me alcanza enseguida la carpeta de registros números Margarita y Silvana.

El hombre esposado en ambas muñecas, atado sus dos piernas y amordazado se hunde lentamente en el fétido riachuelo transportado en una carroza de grises cerebelos cuyos dueños fueron hombres que no quisieron detenerse a tiempo, muy posiblemente encandilados con su propia imagen de grandes hacedores.

Al posarse en el fondo del hediondo riacho la carroza continuó su marcha a favor de la corriente, alejándose del maniatado individuo que, poco a poco, sus miembros y demás partes de su cuerpo se van desprendiendo y adquiriendo una nueva fisonomía.

De ningún lugar muy preciso surgen millares de soldados que, en cerrada formación y en el más absoluto silencio, rodean al hombre esposado y amordazado que, sin saber cómo reaccionar solamente observa.

El agua cada vez más turbia permite poca visibilidad aunque se observa que poco a poco se van acumulando otros muchos hombres atados. Van formando una enorme pila humana en el fondo del riachuelo.

Casi susurrantemente se escucha un voz que da órdenes sin sentido a no se sabe quién.

La voz cada vez es más clara hasta que al final se entiende perfectamente que son instrucciones en números binarios que, como si fuera en aparente azar, van ordenando acabadamente a todos los despojos humanos.

TRES SEGUNDOS

“Las religiones políticas, carentes de evidencia que las imponga, apelan a la violencia. Y así, mientras nos dividimos en lo que respecta a los métodos, corremos el peligro de no volver a reconocer que todos nos apresuramos hacia el mismo fin.

Si al franquear una montaña en la dirección de una estrella el viajero se deja absorber demasiado por los problemas del escalamiento se arriesga a olvidar cual es la estrella que lo guía”.

ANTOINE DE SAINT- EXUPÉRY

¡Apunten!

La claridad del día revivía con simpleza y alegría en las copas de los árboles, los pétalos de las flores, las hojas de las plantas, la cristalina y pulida superficie de la llena pileta de natación, las lajas del camino interno...

El Sol ya había tomado posesión de todos los silenciosos integrantes del jardín que rodeaban la casa –en esa época– como resguardándola de la *civilización* que a pasos agigantados se erigía por doquier.

Gran parte de mi infancia transcurrió en ese bellissimo jardín que día a día me iba deparando nuevas y emocionantes aventuras en mi continuo jugar ante la mirada atenta y cariñosa de mi madre.

Jugar, jugar todo el tiempo. Jugar a no crecer, jugar a que nunca iba a dejar de ser niño. Jugar, jugar. ¡Qué lejos está todo eso! ¡Qué poco sentido tiene ahora para mí esa increíble palabra! Jugar, jugar.

Siempre –no antes de promediar la mañana a causa de mi asma– investigaba los innumerables rincones del jardín de la gran casa solariega, en insaciable búsqueda de recovecos donde podían estar ocultos

maravillosos tesoros, oscuros bucaneros, antiguos magos, animales fantásticos...

Allí aprendí a amar a la naturaleza que, de joven, se convertiría en amor a mi tierra –que nunca abandonaría– y a los hombres y mujeres de mi país –que nunca cambiaré–.

El primer día de clase sentí lo mismo que la primera vez que tomé un fusil para combatir en la revolución. La misma sensación de pequeñez ante un nuevo mundo en el que comenzaba a vivir y a participar activamente.

¡Lo único que no puedo comparar es a mi maestra con el jefe de grupo!

Las traiciones vinieron mucho después.

Fue en la escuela primaria que conocí a Mario, lo recuerdo muy bien. Fue en nuestro segundo recreo en que reparé en ese taciturno pelirrojo que, a pesar de ser el primer día de clases, vestía un guardapolvo que hacía mucho tiempo que alguien –y por seguro que él no– había estrenado.

Rememoro todo eso como si hubiera sido ayer o, más bien, como si lo estuviera ahora viviendo otra vez y al mismo tiempo veo la escena desde afuera como si fuera un mero espectador.

Allí, en el recreo, comenzó la amistad con quien recién ordenó “apunten”.

Fuimos compañeros durante la primaria y la secundaria y tan solo nos separamos al iniciar los estudios superiores, para cada uno seguir los caminos señalados por nuestras dispares vocaciones.

Una única vez lo encontré a Mario cuando él estaba *metido* en el Colegio Militar; ya en esa época coincidíamos en muy pocas cosas. Fue casi de causalidad pues yo salía con una prima suya a la que él desde chico no veía.

Curioso cómo se tejen las historias: los tres coincidimos en una quermese vecinal a la que ninguno supo explicar porqué fuimos ya que no era nuestra costumbre participar de ese tipo de entretenimientos.

En mi caso, insisto, no frecuento ese tipo de distracciones pero, ese día, por salir con quien resultó ser su prima, me metí en ese ficticio mundo de luces y de estridente música, creado para la atracción de los niños y mayores que van a dejar allí parte de su sueldo o del sueldo de sus padres.

Me cuesta reconocerlo, pero hacía muchos años que no pasaba una tarde tan divertida como aquella en que volví a ver a Mario –siempre taciturno y a Gloria –siempre sonriente.

La relación casi fraterna la reiniciamos al concluir nuestros respectivos estudios superiores; nos reuníamos cuantas veces podíamos y frecuentemente nos *enredábamos* en *interminables veladas de debate*; solo las interrumpimos cuando comenzó la revolución.

En el fragor de la lucha nunca nos comunicamos hasta hace dos noches cuando Mario vino a avisarme que a él le correspondía obedecer la orden que hace unos instantes comenzó a ejecutar.

Nuestra amistad fue una relación muy particular por las circunstancias que la rodearon, pero así también de profunda. Es como si Mario se hubiera incrustado en todo mi ser, intercambiando partícula por partícula de mi persona por las suyas y que yo, en ese misterioso acontecer humano que es la amistad, hubiera realizado otro tanto en su ser.

No ha de pensarse ni por un instante que ese trasvasamiento de infinitas moléculas es visible porque no tiene nada de físico, de tangible o palpable; tan solo este sublime acto, que se ha dado en llamar amistad, es un proceso que únicamente es perceptible ante los ojos de quienes participan del mismo.

Es como cuando la materia se desintegra desapareciendo a nuestra vista pues ya forma parte de ese entorno que suponemos puro sin serlo; ¿acaso no todos sabemos perfectamente bien que el espacio sideral está compuesto con infinidad de partículas materiales aunque ante nuestra estrecha apreciación nos parece transparente y límpido?

Entonces, ¿no es la amistad una relación que crea una nueva identidad que, en apariencia, puede ser similar a la individual pero que es infinitamente más rica?

Quien posee un amigo ya no puede ser el mismo. La amistad es un espejo donde dos se miran desde sus respectivas perspectivas.

Además, quien afirme que la amistad es algo sencillo de lograr es que no sabe lo que es. Quien afirme que no ha cambiado producto de una amistad es que ha confundido lo que realmente es. Quien no busca la amistad, aunque quede en el intento, poco conoce de la vida.

También es verdad que la amistad no es tan frecuente como se supone y, muchas veces, se la relaciona con la paternidad, el compañerismo, el enamoramiento, el amor filial, la hermandad y tantos otros tipos de relaciones afectivas.

La revolución comenzó de manera imprevista aun para los que estábamos comprometidos en forma directa, a pesar de que había suficientes indicios públicos en ese sentido.

Fue el mismo día en que, aprovechando uno de los escasos francos de Mario, íbamos a presentarnos a nuestras respectivas novias. Lo habíamos previsto todo y revisado juntos hasta el último detalle para que esa reunión sellara para siempre la amistad, más allá de nuestras profundas diferencias con respecto a la política.

Por supuesto que ninguno concurrió a la cita pues él estaba movilizad y a mí me correspondió avanzar hacia la Casa de Gobierno.

Desde que me entregaron el arma no hice otra cosa que pensar en la posibilidad de tener que enfrentarme con Mario en cualquiera de las tantas escaramuzas que realizábamos contra las tropas leales al Presidente.

Por suerte nunca tuve que pelear contra quien recién ordenó “¡Apunten!”, pues no sé que habría pasado conmigo ante tal situación.

Puede ser que los dos tengamos la misma idea sobre la amistad y el deber, pero nos diferenciamos en mucho en la formación y las opiniones

sobre cómo modificar la realidad. Curiosamente, siempre coincidimos en que Mario era más proclive a las soluciones pacíficas; en mi caso hace años estoy convencido de que la resolución de los conflictos debe darse con cortes totales pues, sino, las posibilidades de instalar cambios radicales tienen pocas alternativas para consolidarse. Las traiciones personalistas vendrían después y muchos quedamos en vanos intentos.

A las dos semanas de haber iniciado la revolución caí preso de las tropas oficialistas, las que poco a poco nos iban diezmando haciendo valer su indudable superioridad en recursos.

Primero fui llevado a un cuartel –no sé cuál– en donde estuve detenido junto a otros cinco revolucionarios más que, según ellos, no tenían nada que ver con nosotros. Nunca supe quiénes eran aunque siempre sospeché algo extraño en sus detenciones.

Luego de definitivamente fracasada la revolución comenzó a llegar-nos rumores en el sentido de que el Presidente igual había renunciado y que habían instaurado la pena capital.

Poco a poco los trascendidos y murmullos se fueron convirtiendo en alarmantes noticias; los primeros en ser ejecutados fueron nuestros jefes, aunque de algunos nunca más tuvimos noticias.

Cuando vino Mario a comunicarme que él sería el encargado de cumplir la orden le grité:

–¡La orden, la orden! ¿Qué significa cumplir la orden de alguien que ni siquiera nos conoce? ¿Quién es? ¿Quién se piensa que es para ordenar la muerte?

Fusilar es asesinar a quien no puede defenderse de igual a igual. Es la cobardía llevada al extremo.

Mario, sin decir palabra alguna, dejó de apretarme el hombro y se retiró creo que llorando para adentro como él me enseñó cuando éramos chicos.

Pedí, y él me lo concedió, que no me ataran las manos ni me vendaran los ojos y que fuera el primero en ser fusilado.

Mirando fijo a Mario y guardando en mi mano el calor de la suya que me transmitió cuando nos despedimos, esperé.

EL COMBATE FINAL

“Miserables de aquellos que vacilan cuando la tiranía se ceba en las entrañas de la patria”.

ESTEBAN ECHEVERRÍA (1805-1851)

La interminable guerra –que ya nadie recuerda cuándo comenzó– ha devastado por completo a casi todos los laboriosos habitantes de la región.

Lo que tiempo atrás fue una próspera y feliz comarca ahora es un cementerio viviente, habitado por los pocos que aun viven y esperan el embate final por parte del enemigo que, un día u otro, acabará definitivamente con los antiguos moradores del riquísimo y fértil valle o significará, si vencen los defensores, su independencia. El grupo se mantiene unido y dispuesto a librar juntos el combate final. Pero también son conscientes de sus escasas fuerzas y su casi nula capacidad bélica, que comparadas con las modernas armas empleadas por el invasor resultaría irrisorio poseer esperanza alguna de lograr el triunfo completo que los conduciría a afianzar la vida y el trabajo en la tierra de sus padres. Pero la desigualdad de poderío no los detendrá ante la idea –por descabellada que sea– de librar la última y definitiva batalla contra el invasor, antes que rendirse y padecer el confinamiento o simplemente ser aniquilados sin haberse defendido hasta derramar la última gota de vida.

Hay quienes prefieren vivir subyugados que morir luchando por la libertad, sin darse cuenta que vivir oprimido es morir de la peor muerte pues es existir muriendo y nunca terminar de sufrir.

¿Cuántas veces supusimos que puede haber tiranos buenos y tiranos malos? La falta de libertad, aunque sea en un solo aspecto es suficiente opresión aunque haya, además, otros enemigos. ¿Cuántas veces nos dijeron que la violencia conduce a la paz?

La anterior batalla fue feroz y concluyó cuando la caída del Sol decretó una momentánea tregua; a causa de la nula visibilidad por la ausencia de la Luna los invasores se retiraron silenciosamente. Pero todos sabemos perfectamente que cuando la claridad del nuevo día orille el horizonte comenzará a librarse el combate final.

Al principio, algunos opinaban que el sacrificio de resistir era inútil pues nunca lograríamos vencer al invasor y por lo tanto no podríamos vivir y trabajar en paz, con el agravante de que la lucha significaría la destrucción de todo lo que poseíamos, como si un sacrificio de esta índole estaría condicionado tan solo por beneficios materiales y no una aspiración mucho más profunda, como es la de vivir en libertad.

Vivir en libertad no es –y no lo ha sido jamás– un capricho de nadie, pues la misma es parte integrante nuestra como lo es la cabeza del cuerpo.

¿Por qué entonces algunos gozan de libertad y otros padecen sometimientos aberrantes que atentan contra la dignidad individual y colectiva?

¡Sí!, es tan indigno de su esencia el que no brega por su auténtica libertad como aquel que lucha por someter al otro.

La carencia individual de la libertad atenta contra la dignidad grupal de la misma manera que si suprimiéramos la letra **a** de todo un texto; quedaría casi completo pero sería una aberración.

Si en un grupo uno de sus miembros no goza de libertad a causa de un sometimiento, todos no percibirán en sí mismos la libertad; es como si nos ataran fuertemente una pierna a una firme estaca y nos dijeran “camine a donde quiera”.

Al pertenecer todos a un determinado grupo o comunidad –por grande o pequeña que sea– nuestra libertad está en muy estrecha relación al goce de la misma por el resto de los integrantes.

El grupo no pierde instante pues la noche avanza y es preciso estar prestos para, al amanecer, librar el combate final, que no será el último

suspiro de un moribundo sino el recio contragolpe de un animal herido de muerte.

Asistir como sea posible a los contusos es la tarea primordial a que se ha abocado el grupo, debido a que mañana, heridos y sanos, librarán juntos el audaz golpe que los llevará a la victoria definitiva o a la extinción total.

Gran parte de la historia su puede reunir bajo el epígrafe de la lucha por la independencia de los pueblos y del bregar por independizarse de los demás.

A lo largo de los siglos –donde muy de vez en cuando estalló la paz– se han llegado a cometer enormes aberraciones dominando a los demás. En nombre de los intereses materiales o de las ideas se convirtió a las tierras fértiles en campos bañados de dolor y miseria.

Hoy en día hay quienes siguen invadiendo enarbolando consignas de paz y de progreso.

¡Qué difícil es comprender a los que destruyendo quieren construir!

En lo que antes de la invasión fue un amplio y confortable sitio de trabajo para todos los integrantes del grupo, ahora se erigen ruinas por doquier como símbolo de la destrucción y triste monumento para quienes siguen sosteniendo que aniquilando o dominando se puede construir la paz.

¡Qué poca idea del arte tuvo quien afirmó que la guerra es un arte!

Las horas nocturnas han transcurrido en aparente calma –como la tranquilidad con que se custodia un polvorín en la primera línea del frente de guerra–, en donde todos tratan de descansar para recobrase para estar listos en el momento que sea necesario librar el combate final.

Luego de recorrer –sin suerte alguna– con sus más cercanos colaboradores, la zona donde se combatió, en busca de heridos para brindarles socorro y transportarlos a un sitio seguro, la anciana reina se hizo presente sin que nada previo anunciara su arribo al punto de reunión.

Al terminar de conversar brevemente con cada uno de los presentes, la reina se ubicó sobre un promontorio para poder dominar mejor la escena y se dirigió a todos por igual, una vez que el silencio general le indicó que podía comenzar.

—Ayer hemos librado, juntos, una etapa más de la ya prolongada lucha que mantenemos ancestralmente contra el invasor; a nadie le quepa duda que nosotros llegamos mucho antes que ellos y que no hacemos otra cosa que trabajar en lo que sabemos hacer. Siempre en paz y tratando de acomodarnos a los intereses de otros, inclusive cuando los invasores se instalaron como si fueran los soberanos del universo. Siempre tratan de imponerse con las mayores bajas de quienes se creen seres superiores; alguien los engañó una vez y ellos se la creyeron para siempre, inclusive cuando se autodestruyen.

La asamblea de asistentes estaba expectante y reafirmaba su adhesión a las palabras que escuchaba.

—En estos feraces campos —que por generaciones nos han alimentado gracias al esfuerzo de todos— ahora ha llegado el momento de sostener el combate final. Por lo que es preciso —y sé que no es necesario decírselos— que al despuntar el Sol deberemos estar prevenidos para que, cuando el opresor insista en su demoledor ataque, poder dar la vida —si es preciso— con tal de lograr vivir en libertad; de nada nos servirá existir si no estamos dispuestos a desarrollarnos de acuerdo a nuestras ideales y a morir por defenderlos.

También sabemos que la historia —que observa la vida desde un sitio más sereno— comprenderá cabalmente nuestras aspiraciones que, sencillamente, son la de vivir y trabajar sin depender de nadie, tan sólo de nuestros mayores y gobernantes; tampoco queremos entregar compulsivamente parte del fruto de nuestra labor en común a quienes no han participado en la elaboración del mismo ni nos brindan beneficio alguno.

Y lo que es más grave aun es que, los mismos que por siglos nos han colonizado, ahora intentan aniquilarnos a todos por igual por habernos

revelado ante esta situación de injusticia. ¿Qué argumentos podemos esgrimir ante tal irracional ataque?

Ladrones, son ladrones que se introducen a la fuerza en nuestra morada y nos roban todo lo que pueden sin importarles el daño que nos ocasionan. Nos arrebatan nuestro alimento como si fueran los propietarios. ¡Ladrones!

Todos tienen que tener en claro quién es nuestro enemigo por más que se disfrace de más inteligente, inclusive para aniquilar.

La fuerza del poder nunca puede reemplazar las razones.

Las últimas palabras de la reina quedaron flotando en el aire como una espesa nube en la alta montaña. Todos sintieron que les volvía la energía y el convencimiento que es necesario persistir; más ahora que se aproxima el combate final.

Es formidable el efecto que puede tener la comunicación pues, cuando las partes son proclives, se pueden producir fantásticos intercambios y construcciones colectivas de gran riqueza. Por eso nadie es dueño de ninguna idea tan solo puede ser un adecuado administrador del desarrollo. Hasta el más insignificante ser vivo tiene algo que aportar por lo que es poco inteligente suponerse superior o soberano absoluto.

Los que más tienen más deben.

El grupo está perfectamente convencido por qué lucha; no tiene ningún resentimiento. Por eso está íntimamente preparado para librar el combate final. También sabe que tienen muy pocas probabilidades de vencer, pero por eso no altera su resolución.

Si lo dejan trabajar en libertad puede aportar mucho. El problema es cuando alguien se erige en dominador como si fuera dueño de una única verdad. La tolerancia y la diversidad tienen que ser valores que sostengan todo el accionar; entonces la paz será posible.

El héroe es el que día a día busca lo mejor posible, más allá de los problemas que deba enfrentar. El instinto propende siempre a construir, como una fuerza irrefrenable; la inteligencia, muchas veces, distorsiona

lo simple y complica la existencia propia y la de los demás; también es capaz de atroces aberraciones.

Los tibios y los cobardes se adaptan siempre aun a costa de relegar parte de la independencia; la libertad ejercida plenamente es lo que nos hace felices e íntegros. Las rosas saben qué hacer, las gaviotas saben qué hacer... todos sabemos qué hacer y no es necesario que nadie decida como supremo dictador, por más enemigos que haya neutralizado y beneficios haya distribuido.

En conmovedor silencio un cortejo se aleja sorteando escombros y ruinas deformes, en busca de un sitio en donde poder depositar los yertos cuerpos de sus camaradas, para permitirles descansar para siempre de las batallas que libraron y que ya no participarán más.

Los expectantes centinelas –que respetuosamente se cuadraron al paso de la larga procesión– despiden con apesumbrada mirada a sus compañeros caídos en la víspera, mientras los árboles del bosque, las aguas del arroyo próximo, las piedras del camino y las flores de los jardines cercanos comienzan a respirar los primeros vapores matinales que como fragante perfume todo lo revive.

En el horizonte el Sol refulgente clama ardorosamente por su reiniciante nacimiento que el incipiente día ha comenzado a alumbrar. Todo recobra su fuerza adormilada; la vida continúa.

El aire del amanecer, que parece más puro, impulsa a la mañana en su camino hacia el mediodía. Pareciera que renacen las esperanzas de libertad.

El movimiento es febril; todos se preparan. El clímax llegó a su máxima expresión. Todo está listo. Los hombres se aproximan munidos de poderosos insecticidas mientras los habitantes de la colmena, al mando de la reina, se aprestan a librar el combate final.

EL MONSTRUO

“Gregorovius pensó que en alguna parte Chestov había hablado de peceras con un tabique móvil que en un momento dado podía sacarse sin que el pez habituado al compartimiento se decidiera jamás a pasar al otro lado”.

JULIO CORTAZAR

Esta mañana cuando desperté tenía la garganta seca y una fuerte y constante punzada en el pecho; algo así como un dolor en el corazón.

Al ponerme de pie al costado de la cama –donde mi mujer dormía– mi respiración era entrecortada y mantenerme parado me produjo un esfuerzo adicional a causa del malestar generalizado que sentía en todo el cuerpo.

Y al moverme tiré el reloj despertador provocando baste ruido en el silencio de la casa. Ella continuó durmiendo; por suerte pues cuando se despierta sobresaltada casi siempre la acompaña un desagradable malhumor. Con los años aprendí a convivir, con ella y con su carácter tan peculiar.

Fui despaciosamente hasta el cuarto de baño y me observé en el espejo. Casi no pude distinguir mi rostro en ese horrible rectángulo colocado hace pocos días por mi mujer, como su primera práctica del curso que está realizando con su amiga de la infancia. Muchas veces, ceder un poco es ganar mucho, sobre todo en la convivencia.

Encendí la luz y pude apreciar claramente mi cara sudorosa y de aspecto lamentable. No sé si el rostro es la parte visible del alma pero seguro que es el reflejo del sistema digestivo.

Decidí no afeitarme. Cuando terminé de lavarme volví al dormitorio.

Por ese entonces ya me sentía un poco mejor –y más despierto– pero aun caminaba con cierto trabajo, aunque no tuve mayores problemas para bajar a la cocina y prepararme el desayuno.

Ella aun dormía.

Filtrar el café y tostar unas rebanadas de pan fue toda una proeza; era como si tuviera que pensar largamente cada acto que hacía. Por primera vez tuve la sensación de que estaba mucho más grave de lo que supuse en un primer momento. Y tuve miedo.

Luego de haber lavado la taza comencé a recuperarme; la tormenta había pasado dejando una estela recordando su derrotero. En un papel escribí bien grande “médico” y lo coloqué en la puerta de la heladera.

Me quedó la impresión de haber perdido algo de mi interior pero no puedo definir qué es. No es molestia, más bien es alivio como si hubiera expulsado algo que hace años me incomodaba.

Al entrar al comedor noté enseguida la tranquilidad reinante, no solo allí sino en toda la casa. Los objetos en su lugar –en su habitual sitio–, los niños y mi mujer durmiendo; contemplé mi hogar y familia como si por un lustro hubiera estado ausente recorriendo peligrosas y salvajes comarcas.

Cada adorno perfectamente ubicado recreaban mi vista, especialmente las estilizadas figuras y los objetos tallados en bronce ya que estaban perfectamente limpias y brillantes; mi mujer siempre invirtió horas en el arreglo de la casa y nunca quiso que alguien la ayudase. Siempre la impulsé a que ejerciera su profesión pero ella, desde que comenzamos a vivir juntos, dejó en claro que su vocación se había modificado por los quehaceres domésticos. Ceder un poco es ganar mucho, sobre todo en la convivencia.

La armonía de los objetos y muebles de una casa contribuyen en mucho al estado de ánimo de quienes viven en la misma y la visitan. Cómo está ordenado un escritorio o los almohadones de un sillón marcan las formas de trabajo y las conductas de sus usuarios. Es casi como una firma que dejamos impresa en los objetos que empleamos.

A veces los objetos pasan desapercibidos para quienes poca capacidad han desarrollado al respecto o le asignan escaso valor a lo que nos rodea a diario. Las cosas simples en mucho influyen en nuestras vidas.

En silencio, casi furtivamente, continué recorriendo los habituales espacios que esta mañana parecían existir solo para mí.

¡Qué infernal mundo viviríamos de no contar con artistas que son capaces de crear! Las cuestiones más cotidianas están impregnadas de creativas inventivas como el dispositivo y diseño de una tostadora de pan, las sillas donde nos sentamos a almorzar, la iluminación que nos acompaña cada atardecer...

El ser humano está continuamente creando, por eso también han fracasado los autoritarios y quienes creen que solamente los dirigentes de las revoluciones son los que saben lo que quieren o lo que es mejor. Quien prolonga la oportunidad que entre todos decidan poca confianza depositó en sus propias palabras.

A cada instante, a nuestro alrededor, acontecen millares de sucesos como, por ejemplo, la lluvia desgranándose lentamente o la bruma matinal, que enriquecidos por nuestros sentidos y la imaginación los podemos transformar en nuevos elementos creados por nosotros mismos. La vida es tan fabulosa que perder tiempo y no disfrutarla es incomprendible.

Toda la casa –que no parecía deshabitada sino más bien poseída por un ser invisible y fantástico– era un cuadro esplendoroso iluminado por la tenue luz que comenzaba a colarse por entre las rendijas de las celosías.

Las sillas del comedor, capitaneadas por la mesa en alegre ronda, se divertían bajo la supervisión del biombo que, medio retraído, observaba el juego desde cierta distancia. Junto a la ventana las cortinas conversaban entre sí –de cualquier tema–, mientras la alfombra descansaba de la agotadora jornada pasada soportando pisadas y las travesuras infantiles. Y dominando la escena, el gran espejo –el que está sobre la chimenea– miraba para todos lados al mismo tiempo, como queriendo abarcar de

un vistazo hasta el más mínimo detalle del inmóvil entretenimiento de los muebles del comedor.

Ahora comprendo esa increíble visión que tuve esta mañana al descubrir un fabuloso mundo en los objetos que a diario me rodean, pues aprecié en ellos la simpleza y utilidad; y el silencio y la alegría de cumplir su misión, aunque más no sea la de ser un sofá o un aparador. Es como las personas que todos los días vemos –aunque solo sea por un instante– al dejar nuestras casas, al comprar el diario, al tomar un café o al viajar hacia nuestros trabajos. Continuamente nuestras vidas se entremezclan, interrelacionándonos en un sistema interdependiente donde todo tiene alguna razón de ser.

El universo extenso y complejo se reproduce en nuestro entorno y en el interior de cada uno. Todos servimos y todos, de alguna manera, dependemos de los demás.

La vida es tan extraordinaria que cada segundo desaprovechado es un milenio de pérdida irreparable.

Es verdad que rara vez tenemos tiempo para detenernos en la calle, por ejemplo, y contemplar minuciosamente a quienes se desplazan rápidamente de un lado para el otro, como autómatas que ni siquiera pueden pensar y disfrutar de lo que están haciendo. En las oficinas todos trabajan quizá sin saber lo que le está sucediendo a su compañero sentado a unos metros. En los medios de transporte viajamos unos al lado del otro en la mayor soledad inimaginable.

Frecuentemente, la existencia pasa sin tener la capacidad de gozar de la misma. A veces, los celos o la envidia hacia los otros molesta tanto la visión que el sufrimiento embota el disfrute de cada momento.

Los actos racionales se convierten en mecánicos como si en vez de brazos tuviéramos dos palancas y en la cabeza un pesado reloj marcando horas de palabras hundidas en la arena o zarandeadas entre olas en una deshabitada playa. La vida desaprovechada es una pesada carga que distorsiona todo.

Cada vez que perdemos la oportunidad de compartir con otros nos vamos empobreciendo y pudriendo como flores arrancadas y dejadas al borde del camino.

La habitación contigua también presentaba el mismo aspecto que el comedor, pues los sillones –con sus brazos a la cintura– discutían con los ceniceros de la mesa ratona, mientras la lámpara de pie meditaba en silencio; el revistero estaba repleto de diarios y revistas que, a pesar de ser pasadas sus noticias –que alguna vez un canillita voceó–, son tan actuales como el día de su publicación.

Fue allí donde me percaté, por primera vez, de la presencia del monstruo que hace años habita imperceptiblemente entre nosotros y, aun más, forma parte de nosotros. Me di cuenta pues era lo único que desentonaba con la maravillosa conjunción de elementos que integran mi hogar.

El monstruo.

El mismo está parado en un rincón mirándome fijamente, como amenazándome o más bien dasafiándome a pelear.

El monstruo.

Al darme cuenta que estaba sólo en la habitación –enfrentándome con el monstruo– tuve miedo, no por mi seguridad sino por algo mucho peor: me sentí impotente de enfrentarlo y vencerlo.

El monstruo.

¡Sí!, me siento impotente para combatir con el monstruo pues está tan arraigado que si lo aniquilo probablemente provoque mi propia destrucción.

El monstruo.

Muchas veces, nosotros mismos, poseemos monstruos que nos atacan y, en algunas oportunidades, logran aniquilarnos u ocasionarnos algún mal. Son como abrojos fuertemente prendidos a nuestras entrañas que, al menor movimiento, nos producen un intenso dolor, obligándonos a tomar posturas determinadas para no sentir el malestar que nos

producen. Cuando perdura el malestar nos acostumbramos a adoptar posturas artificiales y nos vamos convenciendo de que ya la dolencia ha desaparecido. Lo artificial se transforma en costumbre y lo malo en natural, donde nada es necesario ser cambiado.

El monstruo.

Aún no he resuelto como plantearle a mi familia la presencia del monstruo, ni siquiera he decidido decírselos. Nunca hemos conversado sobre la posibilidad de su existencia ni que algún día podría instalarse entre nosotros. En mi caso, recién desde hoy soy consciente de su maligna mirada.

El monstruo.

A diario relacionamos nuestros monstruos personales con otros monstruos y mutuamente nos hacemos mal.

En cada sitio en que nos hallamos nos dominan –a veces–. Distintos monstruos que buscan modificarnos u obligarnos a colocarnos distintas caretas y velos para que ocultos o disimulados ellos puedan actuar libremente.

Los monstruos siempre avanzan, aunque por instantes se quedan al acecho de nuevas oportunidades. Cada paso que dan es porque alguien cedió otro tanto. A veces pareciera que reina la calma pero es tan solo el presagio de alguna arremetida.

Poco a poco vamos creando explicaciones que justifican las nuevas situaciones cuando el único camino posible de modificación es partir del reconocimiento de las dificultades. Es posible vencer.

El monstruo.

Acaba de levantarse mi mujer, lo noto por sus característicos pasos.

Pronto comenzará a preparar el desayuno para todos; seguro que se sorprendió al no verme durmiendo “todo lo posible”.

Aun no he decidido qué actitud tomar frente a mi descubrimiento con respecto al monstruo. Ellos pueden vivir sin darse cuenta; es más quizá prefieran nunca saber nada al respecto.

El monstruo.

–¿Que hacés ahí? ¿No vas a ir a trabajar? ¿Te sentís bien?

–Voy a responderte a todas las preguntas pero, por favor, no hables tan rápido. No me sentí con fuerzas para ir a la oficina, creo que tengo bastante fiebre.

–A ver, dejame ver. Sí, pero muy poca, lo mejor...

–Ya me siento bien, quizá dentro de un rato vaya...

–No creo que debas ir...

–Pero es que...

–Hace...

–Por favor no hables tan fuerte.

–Mejor me voy a preparar el desayuno.

El monstruo continúa ahí parado y parece reírse de la conversación que recién presencié. Da la impresión que gozara, como si disfrutara aunque no puede oír.

El monstruo.

Cuando llevamos al hombro, por largo tiempo, una pesada bolsa inclinamos el cuerpo para soportarla mejor; si nos desprendemos de golpe de la carga continuaremos por un rato manteniendo la misma posición en que la habíamos acomodado.

Hace tiempo que conozco a una persona que, a causa de una dolencia en la espina dorsal, cada tanto sufre un ligero malestar en la cintura. Inconscientemente, cada vez, inclina su cuerpo hacia un costado hasta encontrar una posición en la cual no siente la molestia. Al tiempo el dolor retorna con mayor intensidad a causa de la incorrecta postura, entonces este hombre opta por inclinar aun más su dolorida espalda. A raíz de este problema los dolores siguen aumentando complicándose la situación pues además ahora tiene dificultades para dormir.

Los otros días un amigo le propuso que, por todas las formas posibles, intentara volver la espalda a su correcta posición a través de pequeños ejercicios que también son dolorosos.

Hasta el momento no logró recobrar su postura natural pero se siente feliz pues, cada día, en vez de doblar su espalda ante su monstruo busca aplastarlo esforzándose.

El monstruo.

Ninguno de los dos nos hemos movido.

Mi mujer debe estar finalizando de preparar el desayuno pues la escucho despertar a los chicos. Pronto me llamará e iré a reunirme con mi familia; los niños repasarán sus lecciones frente a la taza con café con leche enfriándose de a poco mientras sus padres leen el diario.

Creo que aprovecharé ese momento –pues estaremos todos presentes– para informarles de la presencia del monstruo que habita con nosotros.

El monstruo.

Posiblemente todos tengamos varios monstruos arraigados en nuestras personas, quizá incrustados en las entrañas, de tal forma que sean verdaderos apéndices que participan activamente de nuestro ser.

Un cojo o un manco no es menos hombre por su deficiencia, pero sí está menoscabado en la medida que no sea un ser integral a causa de su defecto al caminar o por la falta de una mano.

¿Acaso somos sin nuestros defectos y virtudes? Entonces, ¿por qué no presentarnos tal cual somos?

Ser integral es ser tal cual somos.

Quien se deja vencer por sus monstruos trunca su esencia humana, pues los intrusos lo habrán modificado.

Cuántos monstruos carcomen cerebros de quienes maldicen sus pocas luces intelectuales.

Cuántos monstruos ahogan a sus esclavos en mares de envidia por el aspecto físico.

Cuántos monstruos obligan a sus dominados a ser infelices por tratar continuamente de destacarse de los demás.

Cuántos monstruos deshacen a personas que siempre buscan lo que no hay.

Cuántos monstruos ciegan a capaces dirigentes haciéndolos olvidar la tarea de servicio.

Cuántos monstruos aniquilan a inteligentes individuos que no saben que dar es lo más perspicaz.

Cuántos monstruos someten a quienes ejercen algún tipo de poder haciéndoles creer que son fin en sí mismos y no medios.

Cuántos monstruos adormilan a los que eligen a la cómoda resignación al bregar.

Cuántos monstruos aniquilan a quienes han convencido que la violencia puede construir algo.

El monstruo.

Al finalizar el desayuno ni siquiera habíamos cruzado una palabra, salvo para pedirnos más café o el azúcar que estaba cerca de mí. En ningún momento me animé a plantear a mi familia la existencia del monstruo en la habitación contigua.

¿Cómo podré explicarles que he permitido la presencia de un monstruo y que conciente de su poder destructivo me siento impotente para enfrentarlo con inteligencia?

El monstruo.

Es cierto que la imagen que tenemos de nosotros mismos nos influye notoriamente. Vamos construyéndonos sobre nosotros mismos, pliegue sobre pliegue. A veces, mentira sobre mentira. También es verdad que, frecuentemente, nos condiciona mucho la imagen que creemos que los demás tienen de nosotros. Así, asiduamente, vamos creando monstruos que cambian de careta y que cada vez nos obligan más imperativamente a ser lo que no somos; nos vamos torciendo hasta encontrar posturas que

nos resultan más cómodas. Curiosamente, hasta relegamos ser como queremos ser, principal fuente de alegría personal.

Y, en algún momento, descubrimos que el monstruo habita dentro nuestro o que nosotros somos el monstruo. Entonces también nos percatamos que aniquilar al monstruo significa un esfuerzo mucho mayor pues hemos doblado tanto el cuerpo que no podemos hacer casi nada.

Los monstruos se sienten plenos y comienzan a relacionarse con otros de su misma calaña. Pronto todos los que nos rodean son monstruos pues a los otros los habremos ahuyentado.

El monstruo.

El monstruo que con mis propios ojos ahora observo no es producto de imaginación alguna ni resultado de peregrina figura retórica. Está ahí quieto, enfrente mío; con tan solo estirar un poco mi brazo lo puedo tocar. Ahora siento asco únicamente con verlo.

Se encuentra en un oscuro rincón de la habitación y permanece allí en silencio esperando el momento oportuno para aniquilarnos de una vez por todas.

Su impavidez me asusta ya que no logro deshacerme de él. Es absolutamente impasible pues disfruta tanto haciendo el mal como cuando se disfraza de docente lleno de recursos pedagógicos.

Más aun.

Tengo que lograr convencer a mi familia sin que duden de mi salud mental. Su capacidad de trastocar todo es tal que a simple vista parece todo lo contrario a lo que es. Esa es su monstruosidad mayor.

El monstruo.

Hay quienes acarrean sus monstruos como si fueran pesadas cadenas, dificultándose aun más el paso con sus propias limitaciones personales, en vez de admitirlas como tales y vivir tal como cada uno es. A lo que nos estorba lo podemos emplear como andamios para construir un puente.

De la misma manera que, para algunos, sobrellevar a los monstruos incrustados en las entrañas es únicamente posible negándolos en voz alta, a otros les es necesario estar continuamente recordándolos a todo quien se cruce en su camino. Buscar conmiseración como alternativa para ser tenido en cuenta es muy pobre y pronto agotará a quienes se detienen a observar.

Entonces, ¿por qué no aceptamos a los monstruos que llevamos incorporados? Posiblemente porque el ser humano es más inteligente de lo que parece.

Hay monstruos que buscan aislarnos, alejarnos de los demás. Tratan que estemos en silencio, absortos sin importarnos a quién tenemos próximos a nosotros. Por ello los monstruos le temen a nuestros amigos y a todo quien apreciamos.

El monstruo.

He dejado transcurrir todo el día sin intentar llenar las horas con otra cosa que no sea estarme en silencio enfrente al monstruo que, hace años, habita con nosotros acosándonos diariamente desde una esquina con tal sutil sistema que hasta no me había percatado. El mal disfrazado de ayuda es perverso como la dependencia utilitaria de los que menos tienen de los que más poseen.

Esta mañana, cuando mi mujer fue a su trabajo después de acompañar a los niños a la escuela, pensé que con el silencio podría dominar al monstruo, debido a que uno de sus acostumbrados ataques los realiza emanando un estridente y desagradable sonido que a todos nos atrapa

y nos desarma,

y nos vence,

y nos aniquila un poco más, si aun cabe esa expresión en nosotros, por ser ya despojos humanos recostados en un sillón a causa del monstruo.

Espero que mi familia me comprenda y no suponga que estoy delirando o algo peor.

El monstruo.

Todo está en silencio; quizá todavía esté a tiempo.

El silencio es cada vez más infrecuente; hay mucha gente que necesita estar continuamente hablando, hasta relatando en voz alta lo que va haciendo buscando ser el centro de atención aunque los demás estén concentrados en otros asuntos.

El silencio puede provocar reacciones adversas en quienes necesitan ser siempre el centro de las miradas; hasta califican a los demás con los más variados descalificativos ante la dificultad de soportar esa situación. El silencio puede vencer a los monstruos.

Los monstruos acostumbran a pasar desapercibidos escondiéndose entre las risas y los aplausos. Por eso están siempre parlotando como compitiendo con graznidos de aves ocultas.

El silencio y la conversación pausada ponen al descubierto a cualquiera de estos monstruos. La lectura y la reflexión destrozan todo intento del monstruo por ganar terreno.

En un mundo donde aun persisten buenas y malas palabras en sí mismas y gobiernos que prohíben a sus conciudadanos las libertades más elementales como si fuera la opresión un camino para la libertad, el silencio público puede ser una inteligente manera de rebeldía. El humor puede destrozar tiranos.

¿Por qué, por ejemplo, es *mala palabra* algunas de las que empleamos vulgarmente para señalar los aspectos sexuales de los seres humanos y no lo son aquellos términos que usualmente denominamos a las autoridades despóticas que encarcelan a su gente tan solo por tener opiniones distintas?

A veces, formamos con las palabras una suerte de intrincados laberintos de los que luego difícilmente podemos salir, pues hemos creado falsos espejismos que poco sustento poseen.

Las palabras pueden ser monstruos o vehículos de felicidad; las palabras nos pueden confundir o esclarecer, oprimir o liberar.

Las palabras tienen valor en sí mismas y por lo que transmiten; el silencio otro tanto si sabemos utilizarlo y comprenderlo.

¿De qué color es el azul cuando no hay luz?

Cuando las palabras nos limitan es que algún monstruo está presente. Cuando las palabras son meros ecos sin mucho valor es que algún monstruo está venciendo. Cuando las palabras liberan es que a algún monstruo poco le queda por hacer.

El monstruo.

Todo monstruo –he ahí su contradicción- encierra en sí mismo a otro monstruo capaz de aniquilarlo al menor descuido. El camino para vencer a un monstruo está señalado por pequeños actos cotidianos cargados de valentía.

Cuando el debate se detiene es que el monstruo ha vencido.

El monstruo.

Su opaca cara persiste en mirarme fijamente, mientras en silencio mantiene su postura habitual, bien sustentado en una mesa especialmente diseñada para él. Parece burlarse de mí pues sabe que tarde o temprano estiraré la mano hacia él y poco a poco me irá embotando, haciéndome creer que me informa y me entretiene. Si alguien lo retirara de su guarida daría la inmediata sensación que algo falta, que mi casa está incompleta.

Lo miro fijamente. Pronto volverá mi familia. Es ahora o nunca.

El monstruo.

LAS HORMIGAS

“El Hombre moderno llama a esto sentimentalismo; no ama ya las cosas, ni siquiera lo que le es más sagrado, el automóvil, que espera poder cambiar lo antes posible por otra marca mejor. Este hombre moderno es decidido, sano, activo, sereno y austero, un tipo admirable, se portará a las mil maravillas en la próxima guerra”.

HERMANN HESSE

Los pocos habitantes de la tierra que quedaron con vida después de finalizada la guerra total, inexorablemente van muriendo a causa de la intensa radiación atómica esparcida por todo el planeta.

Edificios, puentes, monumentos, carreteras... se van convirtiendo –para la vista del observador– en desordenadas piezas de un rompecabezas que ya nadie armará, a medida que el denso humo se dispersa enrareciendo aun más el aire que pronto será irrespirable para todo ser viviente. El desolado paisaje desfigurado por la irascible violencia de una generación de hombres carentes de vocación de construir, es semejante a un inmenso desierto iluminado sombríamente por un fugaz claro de luna que pronto, entre noctámbulas nubes, se oculta.

Cada cosa fuera de su lugar.

Cada partícula separada de la otra.

Cada totalidad arrasada en infinitas nuevas e inútiles totalidades.

Las raíces muertas a flor de tierra sustentan uno que otro árbol sin vida, como brazos desesperados que, extendidos hacia el infinito, claman por su inocencia y por la de la inmensa mayoría de los habitantes, que nunca supieron la verdadera razón de la guerra total y, por supuesto, el motivo de su exterminio.

Mientras algunas sirenas aun continúan alertado a la población, un niño recorre lo que antes eran calles y plazas en busca no ya de su madre, a quien la sabe definitivamente perdida, pues conoce –y con demasiá– a la muerte, sino de cualquier síntoma de vida donde acurrucarse y llorar.

Y llorar.

Y llorar.

Y llorar.

Vencido por el cansancio, la criatura sin fuerzas se deja caer ante una fuente seca y desecha en la que, seguramente el verano pasado –y el anterior y en el...– otros niños jugaron a las escondidas, junto a los pájaros que se bañaban y los barquitos de papel que hoscos capitanes de fantasía observaban paternalmente desde el borde.

Primero fue la piel de una mano que se desprendió negando su participación en este pequeño organismo, que hace tan pocos años había comenzado a vivir en un mundo que no eligió pero que sí aceptó, como cuando amamos a alguien, no a pesar de sus imperfecciones sino también con sus defectos.

Las consecuencias posteriores al estallido de las bombas atómicas y otras más avanzadas comenzaron a concluir su misión en el niño que fue perdiendo poco a poco su carne que a pedazos se alejó de ese ser, miembro de la humanidad, que negando su propia existencia inventó y perfeccionó las herramientas para destrozarse cuerpos llenos de vida y esperanzas de vivir.

Un brazo carcomido por las radiaciones cayó y rodó hasta los pies del niño que mira aterrizado a su mano desprendida de su cuerpo, que abierta la palma parece suplicar clemencia al cielo o a punto de cerrar el puño para golpear al anónimo responsable de su situación.

Aun antes de flaquear su corazón –a causa del intenso dolor- el niño observó caer más partes de su cuerpo, como hojas en el otoño o papelitos de las ventanas de las oficinas del centro al finalizar cada año.

Cuando un niño muere y no tiene quien lo llore, es que no ha muerto un niño sino una familia entera y los amigos de ella.

Cuando un niño muere y no tiene quien lo llore, es que no ha muerto un niño sino la humanidad entera.

Cuando un niño muere y no tiene quien lo llore y la familia y los amigos de ella y la humanidad entera no han muerto, es que la familia, los amigos de ella y la humanidad entera se encaminan a su destrucción.

Manos llenas de tórridos vientos recorrerán las ciudades en su intento de despejar la mortífera nube de radiación que, entre los dolientes escombros, se pasea despaciosamente sembrando y cosechando el único fruto para que fue ideada y accionada.

En todas las ciudades lo que aparenta vida es simplemente un recuerdo que aun no se ha borrado, pero que al ser penetrado por la radiación se irá perdiendo hasta desaparecer por completo, como si fueran ramas secas en una hoguera o un meteoro surcando el espacio inconmensurable.

A pesar de intentarlo reiteradas veces no logra concretarse el silencio, pues continúan las explosiones por doquier, aguas salitrosas correr, fuegos indiferentes arder, jirones de vida perecer, regazos de existencia desaparecer.

Ingentes espacios, otrora verdes y ahora monótonamente grises por estar cubiertos de cenizas, rodean calladamente los caminos de tierra que, como queriendo huir, se dirigen con la mirada baja hacia el horizonte que ha dado la espalda al mundo para que no lo vean llorar.

Los cuadriláteros con nostalgias de potreros en flor conforman, con su ridícula desfigurada fisonomía, una suerte de desordenados mosaicos opacos, remarcando –a no se sabe quién– el fin de la benigna vegetación que antes orgullosa cubría la tierra y nutría a sus numerosos moradores como madre solícita.

Fueron solo las hormigas –que al estallar las bombas se encontraban bajo tierra– las que salvaron sus vidas pues la radiación no alcanzó sus cuerpos, ni sufrieron por la contaminación posterior.

El hormiguero –un inmenso mundo subterráneo– fue construido hace muchísimo tiempo, por lo que hoy, grupos de hormigas están destinados exclusivamente a refaccionarlo continuamente y a rellenar las fisuras y profundas grietas que las explosiones ocasionaron en las paredes y en el techo de las galerías superiores.

En la época de la guerra total únicamente se ocupaban las galerías superiores; luego del estallido generalizado se salvaron las que estaban construyendo los niveles más profundos. A causa de la onda explosiva todas –en un primer momento– perdieron el conocimiento para ir recobrándolo poco a poco, aunque muchas murieron intoxicadas por los residuos atómicos.

Pasados los primeros días algunas salieron al exterior. Otras, impulsadas por un instinto indefinido, bajaron a las galerías más profundas llevándose al resto de sus compañeras, salvándose así un buen número.

Una vez restablecida la calma, se ocuparon de organizar el grupo y a estudiar la situación en que se encontraban, que no era grave en lo que respecta a la comida.

La primera galería quedó totalmente destrozada pero las otras cinco estaban casi en perfecto estado. En todas había depósitos de alimentos capaces de mantener con vida durante años a tres o cuatro veces el número de los sobrevivientes.

Una vez superada la etapa de desconcierto, todo el grupo se aprontó para llevar la nueva modalidad de vida: existir sin poder ir más allá del segundo nivel.

Al principio no sabían qué hacer pues les costó muy particularmente afrontar el desconocer su identidad, pues a causa de la explosión no quedó ningún vestigio que probara fehacientemente quiénes eran. Pero, a las semanas de la hecatombe nuclear, por una suma de indicios, producto de sus hábitos, pronto se acostumbraron a ocuparse de otras cosas más útiles.

Al poco tiempo ya habían adquirido la rutina del escaso trabajo, alimentarse y descansar.

Los días comenzaron a parecer más largos y el deseo de salir al exterior más intenso. Cada jornada parecía más larga e indefinida; sin luces ni sombras.

Algunas, impulsadas por una voraz fuerza instintiva –por autodeterminación– a escondidas traspusieron los límites que se habían fijado por seguridad, pero nunca volvieron.

Cada vez que notaban una ausencia inmediatamente registraban todos los rincones hasta convencerse de que había una nueva víctima de la desesperación. Entonces parecían adormilarse y volvía el desconcierto de las primeras épocas.

El silencio era muy intenso aunque percibían un lejano murmullo intermitente como pequeños pero constantes sismos. Los cambios bruscos de temperaturas eran muy asiduos y parecían responder a fenómenos lejanos e incomprensibles.

Después de una extensa reunión en la quinta galería y de varias instancias muy difíciles, acordaron que nadie podría pasar el segundo nivel y que para evitar otras fugas al exterior se implementaría una guardia especial del túnel ascendente. De esta forma no hubo nuevos intentos para explorar la superficie. Ésta fue la primera acción de organización y diferenciación del poder de unos sobre otros.

El hormiguero volvió a su ritmo habitual, es decir, alimentarse, trabajar por turno y descansar. Aunque en repetidas oportunidades se lo propusieron, no había manera de crear nuevas ocupaciones pues todo estaba hecho y condicionado a la perfección.

Un día, aprovechando que les habían asignado la custodia del túnel superior, dos hormigas se fugaron en la primera oportunidad. Una fue directamente hacia el exterior y la otra permaneció en la primera galería hurgando entre los desechos y escombros comenzando por aquello que vagamente reconocía, para luego ir ascendiendo y aventurándose en lo desconocido. Nunca más el grupo supo de ellas. Hasta hoy.

Habían finalizado con la distribución de los alimentos y todas se disponían a comer, cuando la hormiga que había permanecido en la primera galería apareció repentinamente por el túnel custodiado, ahora por cuatro centinelas que a cada movimiento hacían sonar una campana que llevaban sujeta al cuello.

En un primer momento no le permitieron el paso por más que intentó explicar que no venía del exterior pues tan solo había permanecido investigando en el nivel superior.

Al finalizar la reunión urgentemente convocada entre todas las hormigas, el grupo accedió al pedido de ingresar a la segunda galería, pero bajo la condición de permanecer en la boca del túnel pues aun persistía el fundado temor a contaminarse. Nadie puede ir más allá de lo permitido sin arriesgarse a quedar excluido del grupo de pertenencia.

Enseguida formaron un semicírculo y en desorden le increparon a relatar su experiencia, pero le aclararon que no iban a permitirle vivir con el grupo aduciendo al peligro por la contaminación.

—Apenas llegué a la galería superior —empezó relatando— me dispuse a revisarla palmo a palmo antes de continuar explorando más allá de los límites exteriores. No sabía muy bien qué buscaba, pero mi convencimiento era claro: remover todos los escombros en mi afán por hallar algún elemento de juicio nuevo para todo el grupo. Aunque sea una pista.

—¿Y qué pasó? —surgió la pregunta, casi a media voz y desde el fondo.

—Una de las primeras cosas que encontré —y en cantidad— fueron unos objetos de diversos tamaños y colores. Cuando abrí el primero noté enseguida que su interior —muy compartido— era blanco con rayas negras horizontales que, en forma ordenada, cubrían gran parte de la superficie. Y de inmediato me ocurrió algo increíble y muy difícil de relatarles, pero no se preocupen pues intentaré de todas formas explicarles lo que me aconteció debido a que es el nudo principal de mi extraordinaria experiencia en la galería superior.

El grupo comenzó a prestar más atención aunque el temor es el factor dominante como cuando en una región la corrupción se enquistaba en los poderes públicos.

—Al mirar fijo hacia la superficie blanca surcada por paralelas negras una fuerza invisible fue invadiéndome y comenzó, primero en forma desordenada, a hablarme de cosas extrañas que, poco a poco, se fueron haciendo coherentes y lógicas. Era como si la superficie de los objetos se comunicaran de una forma silenciosa o con sonidos a los que no alcanzaba a percibir claramente, pero sí comenzaba a comprender. De pronto vi cómo una pesada puerta de varios metros de alto se abría lentamente para dejar paso a un pequeño rayo de luz proveniente de mi cuerpo —no puedo precisar el sitio exacto—. Al rato observé una segunda puerta —también muy pesada— que comenzó a abrirse un poco más rápido, dejando paso a un rayo de luz que se ensanchaba y aumentaba su intensidad. Luego vi cómo el haz chocaba contra una tercera puerta —aun más grande que las otras— y que solo lograba entreabrirse lo suficiente para colarse por un costado de la misma. Entonces me encaminé hacia la primera puerta y me introduje en una amplia estancia iluminada de tal forma que no se podía percibir el origen exacto de la claridad. En la segunda habitación, inmensa, la claridad era de tal intensidad que me dañaba y me obligaba a desviar la cabeza hacia la primera sala. Haciendo un gran esfuerzo me dirigí a la tercera puerta y me acosté para poder mirar por una ranura, pero solo pude apreciar un brillante color blanco que me impedía distinguir formas. Fue entonces cuando miré hacia atrás y aprecié con claridad —través de las dos puertas abiertas— la monótona oscuridad de la galería, que antes no había notado, y todo cobró sentido: una nueva forma que había estado dentro de mí la sentía al mismo tiempo fuera de mi cuerpo y me marcaba un camino ascendente. La luz iba impregnando los objetos por el cual los podía observar de otra manera. El silencio adquirió sentido, mis pasos encontraron dirección. Mi cuerpo también fue cambiando, ya nada fue igual. Todo parecía tener orden y que los escombros podían ser removidos. Volví pues sobre mis pasos y me di cuenta...

–¡La radiación le ha hecho estragos! –se escuchó desde la primera fila.

–¡No! Permítanme continuar con mi relato...

–¡Que se vaya! –fue casi el grito unánime.

–¡Déjenme terminar! Aún me falta contarles lo que me transmitieron los objetos que encontré al principio.

–¡Que hable pero que luego se vaya para siempre!

–Está bien, pero seguramente cambiarán de opinión cuando termine.

–¡Rápido! Fue la única expresión que se escuchó en un silencio que se hacía cada vez más opresivo.

–Ante todo les diré que somos seres humanos y no hormigas, como lo hemos creído hasta el presente. Estos conjuntos de túneles y galerías no conforman un hormiguero sino un refugio atómico en el que estábamos empleados como personal de mantenimiento cuando estallaron las bombas. Sé lo difícil que les resultará aceptar lo que les estoy contando pues a mí me llevó bastante tiempo comprender lo que decían esos objetos que encontré. Hemos estado años viviendo como hormigas, pero es necesario que aceptemos la realidad y busquemos la forma de superar estas tinieblas. Salgamos de estos túneles y galerías que nos limitan... Esperen, miren, les traje uno de los objetos que encontré.

Observen. Lo abro y miro atentamente las líneas horizontales que me dicen: “El hombre es el único ser inteligente que habita sobre la tierra...”

–¡Eso es falso! –dijo el que antes había pedido silencio en forma imperativa–, pues si fuera cierto jamás hubieran accionado los mecanismos de su propia destrucción.

–Correcto, eso nos puede hacer dudar del grado de inteligencia de esos hombres pero tengan presente que a continuación describe el aspecto físico y coincide con el nuestro. Indudablemente somos seres humanos enterrados vivos en un refugio en tinieblas y condenados –si

no recapacitamos— a desarrollarnos como meros insectos por el resto de nuestras existencias.

Ahora podemos ser conscientes de nuestra propia humanidad y desechar la animalidad que antes creíamos poseer, pero mientras el aire sea en la superficie nocivo, por varias generaciones, deberemos habitar bajo tierra como hormigas. Quizá esto sirva como lección que siempre la violencia trae destrucción y los que más sufren son los más inocentes. Solo la libertad individual y el ejercicio de los derechos a acceder a las condiciones de vida digna es lo que hace posible el desarrollo.

Poseemos la responsabilidad de ser gestores de una comunidad que aquí se inicia en un nuevo elemento como lo es la profundidad de nuestro planeta, pues nuestro antiguo hábitat no está en condiciones por soportar sobre sí la irracional e irascible negligencia de algunos dirigentes que no fueron capaces de conducir en paz. A pesar de los cataclismos, incendios, hambrunas... los hombres inventaron y practicaron la guerra hasta casi aniquilarse totalmente.

Es decir, tendremos que comenzar a aprender a vivir integralmente y ser cuna de una nueva civilización dedicada a edificar un pueblo inteligente que sepa darle sentido a la existencia.

—¡Nos está tratando de engañar, acabemos de una vez! —fue un grito que rápidamente se convirtió en instrucción inapelable—.

En pocos segundos volvió el silencio, el tumulto fue eficaz desde los primeros golpes.

—Menos las seis hormigas centinelas —alguien ordenó— las demás debemos descender a la quinta galería pues es hora de distribuir los alimentos.

El objeto rectangular, con líneas horizontales, fue llevado a escondidas por una hormiga.

*“Como quiera que concluya una historia vivida o inventada, y hayas o no adivinado el modo de concluirla, hay algo inquietante en el telón que empieza a caer sobre el epílogo. Algo que recuerda la precariedad de la vida, su irrepetibilidad, su meta inevitable e ineluctable. Mientras se aflojan los hilos del mecanismo que lo mantenía levantado y bajan despacio los cortinajes, te parece estar mirando una vela que poco a poco se apaga para dejarte en la obscuridad cargada de asechanzas”.*¹¹

ORIANA FALLACI

¹¹ Fallaci, Oriana. Inshaallah. EMECE. Página 582. Buenos Aires, Argentina. Marzo de 1992.

ÍNDICE

Prólogo	7
Cosas de los grandes	11
La consigna	17
El pehuen.....	21
Brumario	27
Humoroscada	31
Anoxia.....	35
El teléfono	39
La blusa.....	47
.....	55
Cuerpo presente	57
25/11/73	61
Tres segundos.....	71
El combate final	77
El monstruo.....	83
Las hormigas.....	97

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Septiembre de 2012

Alejandro Rojo Vivot escribió este libro de relatos a comienzos de la década del '70. Y hasta el presente, quedó inédito como tal, aunque en abril de 1998 la Biblioteca Nacional de la Argentina incluyó el cuento “Las hormigas” en el volumen *Ballena varada*, el titulado “Cosas de Grandes” es parte de la Antología *Homenaje a Pablo Neruda* de la editorial De los Cuatro Vientos, Buenos Aires, Argentina, diciembre de 2004 y “El Pehuen” integra la colección *Territorio Sur 2005, Antología de escritores de la región de la Patagonia y Cuyo* de la Editorial De los Cuatro Vientos, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 2005. También la antología de narradores argentinos, *Los rostros y las tramas*, Buenos Aires, Argentina, 2006, preparada por César Melis para Editorial Dunken, incluyó el cuento “Brumario”.

La producción principal de autor esta focalizada principalmente en el ensayo como: “La villas de emergencia”, “El desempleo y el trabajo”, “Los medios de comunicación social y las personas con discapacidad”, “Elaboración de proyectos”, “La participación ciudadana y la Carta Orgánica de Ushuaia”, “Disability and Self-directed Employment” (en colaboración), “Cultura y Discapacidad”, “El trabajo y las personas con discapacidad”, “Aproximación metodología al tratamiento estadístico de la Educación Especial” (en colaboración). Además, “Dishumor”, “Vivotcionario” y “Versos para un niño limitado”.

Estas páginas, por ser ficción, son muy distintas a la mayoría de su obra literaria. Aquí el autor ejerce diversos estilos, por lo que su lectura permite recorrer disímiles maneras de ejercer el oficio. En todos los casos el final revela lo inesperado o sirve de ariete para la reflexión donde cada uno puede construir el desenlace.

A una persona se la puede justipreciar por su desarrollo personal, las relaciones que ha sabido construir incluyendo a la familia y los amigos, los libros que ha leído, lo que ha realizado y las palabras pronunciadas. Si además ha publicado es posible tener muchísimos más elementos de juicio. Por suerte el ser humano también tiene la facultad de imaginar.

Nuestro particular agradecimiento a Silvana De Falco por su generosa e inteligente corrección de la primera edición de este libro.

